

# Ni flores ni pájaros

© Juan Bosco Castilla

Primera parte

Octubre-noviembre

# I

En el salón cundía el orden, y daba una extraña sensación de inquietud contemplar el sofá absolutamente sereno, con todos sus huidizos botones pegados y los cojines vueltos en el mismo sentido. Un poco más arriba, el marco con la reproducción de Beruete no tenía polvo alguno, como pudo comprobar pasándole el dedo. Las raspaduras del aparador habían sido disimuladas con masilla y barniz y de ellas se escapaba todavía un tufillo pegajoso. Cubrían la mesa unas enaguillas nuevas, de flores moradas y marrones en un fondo vegetal. Tres sillas estaban milimétricamente distribuidas al lado contrario del sofá y dos junto a la mesa, una enfrente de otra. La lámpara tenía todos los globos, los globos tenían bombillas y todas funcionaban. Los cristales de las ventanas, los del aparador y los espejos estaban limpios.

– ¿Qué tal el piso? –preguntó.

El Nuevo contestó con exagerada complacencia.

– Tu habitación da al patio. Comprende que debía sortearse entre Luis y yo la que da a la calle. No está mal. Una vecina local pone el tocadiscos a cien cuando le da por ahí y tienes que poner el flexo antes. Inconvenientes de la juventud.

El silencio más absoluto campeó durante unos momentos, porque el Nuevo no se atrevía a decir nada y él intentaba recomponer algunos recuerdos vagos. Después, una sensación concisa e indefinible, casi un escalofrío, lo aproximó al Nuevo. “¡Dios mío –pensó–, cuando este acabe Magisterio tendrá edad de ir a la escuela!”.

– ¿Qué te parece el barrio? ¿Sabes por qué se llama Ciudad Jardín?

No le costó mucho trabajo convencerlo para dejar los bolsos sin deshacer y salir a dar un paseo. Así que allí estaba él, licenciado en un barrio de estudiantes, cicerone de novatos, calle Antonio Maura abajo.

Octubre en Córdoba es un mes absolutamente tranquilo, de días pacíficos y soleados, el tiempo ideal para sentarse en las terrazas. En una de Costa Sol pidieron una cerveza y Andrés contó su historia utilizando las relaciones que tenía con la gente que pasaba frente a ellos. Era un relato que mezclaba la realidad con la ficción, de manera que el Nuevo no supo si era verdad o no que había estado tres días seguidos jugando a las cartas, si había sido compañero en el equipo de fútbol de la facultad con el indio peruano Adalberto o si había vivido una noche borrascosa en el tranvía de Sevilla.

Después de Costa Sol había una parada obligatoria en el bar de la esquina, con pincho de aceitunas de ajo, donde el Nuevo se hizo enseguida íntimo de César, el dueño.

– ¡Será por cerveza –dijo César cuando Andrés bromeó que a ese paso entre los tres del piso iban a acabar con la Cruzcampo, y llenó luego dos jarras que se bebieron a golpe de voluntad, sin aceitunas.

– A este no va a haber quien lo aguante de aquí a dos días –aseguró Andrés.

– Tened cuidado con estos chiquitos, que tienen malas briznas – corroboró César.

Al cabo, el Nuevo cogía la jarra con las dos manos y se la llevaba a tientas a los labios.

– Sírvete tú otra, que pagamos nosotros –dijo Andrés.

Y César movió pausadamente su orondo cuerpo cincuentón en busca de una jarra y un plato de queso.

– El queso lo pongo yo, genuino saber oveja. Cosa buena el queso este. Eduardito, come que te pongas grande.

El Nuevo dijo algo que los otros no se molestaron en comprender.

– Las mujeres prefieren a los tíos grandes, y bebedores.

– Siques queriendo ampliar el negocio, ¿eh? Se te nota a la legua.

– Si vosotros me costáis las perras. Eduardito, has caído en un nido de buitres. Se nota que eres primerizo.

Pero el Nuevo sentía que el tiempo había sedimentado otra forma de ser y se había llevado la memoria, como si tuviera experiencia, pero no pasado. Fue algo momentáneo que desapareció mucho antes que el sopor de la cerveza, pues, nada más abrir Andrés la puerta, la incertidumbre le trajo de golpe todo el peso de su realidad.

## II

Ahora sabía que no era igual, estaba claro que la placita resultaba de otro modo y la gente era otra, extrañamente sentada en el bordillo de la acera o entrando, irreconocible, por la puerta de siempre.

Llevaba junto al quiosquillo media hora esperándolos y comenzaba a impacientarse. A lo mejor no habían ido a Administrativo. No le habría sido muy difícil a Carlos arrancar a Ana de la facultad con el aula gélida, el sermón infinito del adjunto sobre los recursos de alzada y con aquel sol apacible penetrando por las estrechas ventanas. No creía que Carlos aguantase, y a Ana le gustaba el sol de los primeros días de curso, cuando todo puede dejarse para mañana. Un cigarro más y se iba. Era mucho rato de estar allí como un pasmarote. Estaba llamando la atención.

No tardó ni dos minutos en toparse con ella. ¡Demontre de Andrés! ¿Cómo estaba? Lo cogió de un brazo y lo empujó hasta un bar. Isabel y Amparo esperaban en una mesa del fondo. Isabel, Amparo, Ana y él tomándose una cerveza en el fondo del bar, afuera el sol cegando la calle, la luz que entra torrencialmente por la puerta, el mostrador vacío, las sillas vacías y nadie excepto ellos a la hora de clase para hablar del verano idealizándolo. Isabel cruzada de piernas, muslos largos, delgados, narrando veranos inferiores a sus propias piernas, lejanos cuentos en relación con la palpable inquietud que despertaba esa carne profundamente asequible. Isabel, consciente de su poderío narrativo, que cambia de postura dejando ver durante unos instantes la unión de sus extremidades forrada de una telita blanca con finas rayas horizontales azules. Levantar la vista y descubrir a Ana mirándolo y sonriéndole. ¡Ana, Ana, Ana! ¡En qué no estarás tú, Ana! Y vuelta a la conversación. Isabel y Amparo competían en veranos felices de noches inconfesables que empezaban con un encuentro

fortuito en una discoteca de la costa y terminaban en la playa, bañándose desnudos, con una luna gorda arriba y un mar brillante y quieto. A Andrés se le antojaba oyéndolas que el verano es una gran estación en octubre, cuando empieza el curso. Le dieron ganas de decirlo, pero no estaban Ana y él solos. Resultaba más grato darle vueltas a la copa de cerveza, encender un cigarro y mirar afuera la luz atronando la calle. Y suponía que a Ana también le gustaba. Los dos estaban bien así, silenciosos, pendientes de esas minucias y ajenos a la guerra viva de Isabel y Amparo.

Tardaron un rato en salir a la calle.

– ¿Y Carlos? –preguntó Andrés.

– Vendrá el lunes de la semana que viene, supongo.

– Debería haberseme ocurrido. Es cuestión de principios para él eso de empezar una semana después. Y llegará tarde, ya verás. Dirá que se aburre y que no puede pensar sin un café. He pasado varios años sabiendo que lo encontraría en el bar al salir de la facultad.

Fue llegar a la mezquita y volverse. Ana quería ir a clase de Civil. Andrés la acompañó hasta la facultad, entró con ella y, cuando se quedó solo, se entretuvo mirando el tablón de anuncios, algo que de estudiante no hacía nunca.

### III

Luis acompañaba la ranchera que subía por el patio de luz con golpes dispersos de cacerolas y cantando alto el estribillo. De la cocina salía un olor a vino en las comidas.

– No le hagas caso a él o te dejo a base de pan con paté, Nuevo. El mérito se reparte. Es verdad que el vino es el santo, pero yo soy el inventor. Luego no digáis que hago acopio de santidades. Échale vino a todas las comidas, y díselo a tu madre, que también hay derecho a comer bien en la casa de uno. Vosotros, los maestros, ganáis como para vino. Échale un chorreoncito a todas las comidas. No le hagas caso a estos picapleitos, que son unos enredas. Hazte caso de los que entienden. Y yo digo que este vino mana de la teta de una diosa. Nada de química. Natural, Nuevo. Te lo dice un perito en estas cosas.

Paula le decía al Nuevo frases al oído y este las repetía con convicción, queriendo dejar claro que era capaz de aguantar una broma.

– Que te jodan a ti, Nuevo, y a ese enredas de Andrés, que habrá sido el inventor de la notita –dijo Luis.

Paula era capaz de realizar continuas bromas en seres que las afrontan con claridad, como todo el mundo sabe. Era fea, desvencijada, como esos objetos que salen en las novelas de García Márquez, y chabacana. Andrés lo oída acostado en el sofá, absolutamente consciente, receptivamente consciente. El sofá era largo y él cabía entero. Un largo sofá donde Andrés Velasco Herrero extendía su cuerpo. La cabeza perfectamente cómoda. Este año dormiría allí una noche. Carlos decía que no se podía dormir en él. Probaría que sí. El no era muy alto, desde luego, pero tampoco bajo. Se podía colocar el cojín de un sillón en la parte de los pies y sostener las piernas un poco más elevadas para evitar que todo el



peso cayera sobre los talones. Pondría el cojín ahora mismo si no fuera porque estaba estupendamente así, lejos del cuerpo, lejos quería decir afuera, como a una cuarta por encima. No quería pensar que flotando porque muchas veces se había reído de esas metáforas manidas (había pasado la época de Hesse. ¡Engreído Andrés! Las vueltas de todo. Tus discursos sobre la falsedad de las filosofías modernas. ¡Hesse tan antiguo! ¡Tan antiguo renunciar a Hesse!). Tampoco fuera de. Pero por llamarlo de alguna manera. ¿Cómo pensarlo, si no? Desvencijada, curiosa palabra. No se la imaginaba fuera de las novelas de Carpentier o García Márquez. Paula no era desvencijada, era progre. Aunque quizá significase lo mismo. Destructivo Andrés. Es humano ser destructivo, no pasa nada. No tan destructivo. No podía ser destructivo en esos momentos, en el sofá, tendido boca arriba, como a una cuarta por encima.

– En mi casa, después de comer, me siento a ver la película. Veo el principio, nada más. Me voy durmiendo poco a poco. Aunque yo diría que nunca acabo durmiéndome del todo. Miro el reloj y sólo han pasado cinco minutos. Lo miro otra vez y otros cinco minutos. Me entero de cuando hay un descanso o un muerto, o de cuando se levanta mi padre. La veo terminar siempre. Le pregunto a mi hermano qué ha pasado y me contesta se ha muerto tal, ha ocurrido esto o lo otro. Y ya lo sabía. Pero no me entero del argumento porque no sé quién es el asesino ni cómo ha ocurrido el crimen. Se lo pregunto a mi hermano y te puedes figurar dónde me manda. Tampoco es cuestión de acostarse, porque si te acuestas tiras la tarde. Además, no sé tú, pero yo me despierto con la boca reseca y dolor de cabeza. Salgo hasta tristón. Oye, ahora lo típico sería que yo te pregustase y tú estuvieras dormido. ¿Me oyes?

– Sí.

– Si no fuera por la pereza que tengo, prepararía un café –dijo Andrés.

Andrés estaba acostumbrado a esos detalles de Ana. Debía haber previsto que al comienzo del curso llegaría cargada con cualquier nadería envuelta en papel de regalo. Pero no había caído, y ya no tenía remedio. Ana estaba en la sala con un bultito rechoncho.

– No, Ana, tan pronto no. Me atosigas. No me dejas ser el primero ningún año.

– Sé el segundo. No creas que voy a rechazar un buen regalo. Esto es una inversión, muchacho.

Andrés rompió con cuidado el paquete.

– Cualquier otra planta se os secaría –dijo Ana.

Poco a poco habían ido apareciendo las distintas formas de un cactus.

## IV

Tenía razón Andrés al compadecerla por vivir con semejante tonta. Lo que no comprendía es cómo no escarmentaba. Todos los días con la misma cantinela. Comodidad y que luego, cuando no estás en situación, parece bastante menos.

– Oye, tú, ¿qué pasa, acabas?

– Estoy acabando.

Andrés tendrá que esperar. Si no fuera él, pensaría en mí como en una mujer corriente, tipo media hora más de la cuenta. Él callará, fumará un par de cigarros mirando por la ventana y hará un comentario sobre un vecino o los pájaros de los vecinos empañando el cristal de tanto acercarse. “Córdoba está llena de balcones con pájaros”. “En los pisos de estudiantes no hay ni flores ni pájaros”.

Cuando Elena, por fin, sale del cuarto de baño, Ana, ensimismada, tarda en darse cuenta. Andrés la pillaré duchándose.

– He traído algunos pájaros –en la mesa reposaban varios juguetes de colores, loros de cartón, cada uno de ellos unido a un muelle blando–. Cualquiera otro pájaro se os moriría. Son los únicos que se mueven y no necesitan comer.

¡Demonio de hombre! ¡Vaya ocurrencia! ¡Flores y pájaros, cactus y loros de cartón!

– Todavía no he desayunado.

– Desayuna.

– ¿Quieres desayunar tú?

– Ya he desayunado.

– ¿Quieres un dulce de mi casa?

– Tráelos que los probemos.

– Rosquillos, ¿quieres?

– Tráetelos.

Ana desayunará en la cocina, de pie, leche con galletas. “Tú tranquila, Ana, no hay prisa”. Y Ana pensará en su tranquilidad y se dará prisa.

– Todavía tengo que vestirme.

– Vístete.

“Ana, no corras, tenemos todo el día”. Y Ana pensará en todos los días iguales olvidados y se dará prisa.

– Tengo que peinarme. Es un momento.

– Vale.

Andrés, mientras tanto, ojeará un periódico.

– Adónde vamos. Se nos ha olvidado pensar dónde vamos a ir.

– A dar un paseo.

– Un paseo adónde.

Andrés pensará que da igual.

– ¿Vamos a la Corredera? –propondrá luego.

Saldrán a la calle. Caminando por Vallellano, Andrés dirá: “Se nota que es sábado, hay niños en la calle”. Dirá: “No dejo de acordarme de la película”. Ana dirá: “Mira qué zapatos por dos mil quinientas pesetas”. Dirá: “Hay más mendigos cada día”. Dirá. “Hoy te toca a ti comprar el periódico”. Cruzarán la Victoria. Los vendedores ambulantes de libros seguirán con la mirada el paso de Ana. Andrés se preguntará si la miraría si no la conociera y, como para tener esa perspectiva, dejará que le saque unos metros al cruzar el semáforo. Ana se volverá enseguida y le regañará sin hablar, con sus ojos profundamente negros. “¿Te has dado cuenta de cómo te miraban los de los libros?”. Ella responderá que se le ve en la cara que lee mucho y, luego, algo más adelante, que las mujeres se dan cuenta de esas cosas, y luego, todavía más adelante, que si le molesta. Andrés

contestará que no, aunque al cabo de unos instantes, que se harán eternos, añadirá que tampoco le hace mucha gracia. Ana sonreirá levemente, mirará la cartelera y propondrá: “En el Góngora ponen una de Visconti”. Y, conociendo la ansiedad de Andrés, lo cogerá del brazo y comentará: “Si quiera a alguien, te querría a ti”. Se le pegará aún más y ambos acomodarán ostensiblemente el paso.

## V

¡Era tan distinto de Carlos! Físicamente, incluso. Carlos era alto, por encima del uno ochenta. Él, corriente, tirado a bajito. Algunos, al verlos juntos, uno con el pelo más claro que otro, uno siempre detrás de otro, uno mucho más alto que otro, uno estable y el otro inseguro, los habían comparado con los Simon y Garfunquel de aquella fotografía que ilustraba la contraportada de *Puente sobre aguas turbulentas*. Ciertamente parecido sí había. El alto (Carlos) en plan ciclista gregario tirando del pelotón, la mirada en el horizonte y la frente despejada por el viento. El bajo (él) detrás mirando al suelo con cierto aire meditabundo tras los pasos del alto, como aceptando su papel de guía. El alto y el bajo. El éxito del alto y la vulgaridad del bajo. O mejor, la vulgaridad del normal. El normal, él, el moreno, el del cabello oscuro, aprovechándose del éxito del alto, Carlos, el rubio, el del cabello claro. Carlos lo introducía en el mundo y lo dejaba a su lado cuando palabra a palabra deshacía resistencias, pero raras veces llegaba con él hasta la conclusión, pues a Andrés la perspectiva de un fracaso lo hacía abandonar.

Cuando conoció a Ana, Carlos estaba saliendo con una inglesa casi tan alta como él. Carlos había renunciado casi por completo a las clases, lo que solía suceder cuanto tenía una relación continuada (para él, continuada quería decir de un mes), pero no a sus cafés y a sus cervezas, por lo que Andrés lo encontraba inexorablemente en el mismo bar a la misma hora.

– La amistad antes que el amor –explicaba Carlos–. Si viviera cien años en Córdoba, cien años vendría a esperarte con una cerveza en la mano.

La inglesa arrugaba el entrecejo y pronunciaba un “como” con oes como aes.

– Cama, cama, *a la lit, a la lit* –dijo Carlos.

Andrés sonrió.

De algo tenía que servirme el poco francés que sé. Además, estos extranjeros entienden todos por lo mismo.

La inglesa soltaba carcajadas que estremecían el bar. “¿Cómo, Carlos, cómo?”, repetían haciendo tremendos esfuerzos, entre aire y aire.

Andrés había llegado con Ana. Por entonces, los dos estaban en la misma clase y debían hacer juntos un trabajo. Carlos, que había sido compañero de ambos sólo el primer curso (se retrasó enseguida), les presentó a la inglesa. Ana sentía hacia Carlos cierta aversión. Andrés lo sabía, y sabía que las circunstancias del momento no eran precisamente las mejores.

Cuando mucho después salió a colación el mediodía aquel, Andrés preguntó a Ana por qué volvió al día siguiente y ella no supo contestar.

## VI

¿Por qué iría al día siguiente? Andrés era uno de esos estudiantes insulsos que una mañana, después de varios años en el mismo curso, conoces porque te toca a su lado en la parte trasera de la clase. De esos que te dicen hola y adiós, si acaso y, si les preguntas algo, te responden con pocas palabras y muy bajo. De esos que te encuentras en la calle y no te saludan, y te dejan pensativa, preguntándote dónde has visto tú esa cara, aunque ellos sí te conocen, pero te ignoran porque creen que tú los ignoras a ellos. De esos que sacan los cursos con aprobado. De los que nunca salen voluntarios en clase. De los que difícilmente van a las asambleas y, cuando van, no hablan, y, cuando votan, no se dejan impresionar por las mayorías, sino por la normalidad, y alguna vez te sorprenden levantando ellos solos la mano en contra de la huelga, aunque, como al final hay huelga, los perdonas y los olvidas. De esos que un día, hablando de los compañeros, los sacas a relucir, porque son tan normales que al final llaman la atención, y entonces te intrigan. De los que parecen vivir en un mundo particular muy limitado. De los que te dan lástima, porque crees que sufren en silencio su cortedad, porque se pasan la vida estudiando entre pared y pared, de día y de noche, para sacar un cinco, para convencerse ellos mismos de que en algo son mejores que sus compañeros, de que ellos lo pasarán mal, pero aprueban. De los que un día están sentados delante de ti, un día que el profesor quiere grupos para hacer trabajos y tú les das en la espalda y les preguntas si quieren formar parte del vuestro. De los que en tal situación siempre se encogen de hombros y dicen sí, bueno. De los que, cuando un compañero amigo dice que ya estáis los ocho, defiendes levantando la mano y recriminando cariñosamente al profesor, porque siendo tan estricto en el número rompe los grupos que ya se han formado



para otras asignaturas. De los que encuentras al salir de la facultad y les dices vamos a hablar del trabajo mientras tomamos una cerveza.

Vale. Ya sabía por qué volvió al día siguiente. Pero no estaba claro por qué continuó yendo, sobre todo en los primeros tiempos, cuando ella tenía amigos de toda la vida y ni Andrés ni Carlos lo eran. Porque a ver qué le vio a Andrés, o qué tenía. Si hasta había ido perdiendo la intriga conforme descubría que no tomaba la calle Almanzor nada más salir de la clase, sino que, simplemente, se paraba en otro bar. Que no estudiaba entre pared y pared, de día y de noche, sino en la azotea, como la FM puesta y sólo las tardes de la semana anterior al examen. Que no vivía con un familiar del pueblo que le limitaba las horas de vuelta, sino en un piso donde se había construido una teoría del caos y la suciedad que lo hacía incluso relajante.

¡Dios mío, era cierto! ¿Qué le veía a Andrés? “Es una persona muy especial”, le había dicho a Sofía cuando esta mostró su preocupación por el abandono a que había sometido a su gente. Pero todavía no había acabado la frase y ya estaba arrepentida. “Bueno, especial quiere decir que no es como nosotros. Es normal, pero no sé, de otra forma”. Tu amiga respondió que sí y tomasteis otra cerveza. Y cuando se fue tú te quedaste pensando en lo que habías dicho. Y pensando supiste que ahora te gustaba la parte trasera de la clase, donde pasabas las horas mirando al profesor y esperando la llegada del bedel. Pensaste en aquella asamblea. Los líderes de la clase arengaban a la huelga antes de las votaciones y Andrés levanto la mano. Tú te sorprendiste, porque no era su estilo. “Yo voy a votar en contra”, dijo. Cuando le preguntaste por las razones de su actitud, él te contestó que no le gustaban las arengas y los flojos. Tú entendiste a medias lo de flojos, levantaste la mano y expusiste: “Voto a favor de la huelga, pero propongo que los temas previstos los preparemos en casa”. Hubo un cuchicheo general. Uno de los líderes dijo que si querías ver muertos de risa a los

profesores y tú le recordaste que esta vez la cuestión no era académica, sino política. Sometieron a votación si se votaba o no tú propuesta y salió que no por una gran mayoría. Después, cuando se votó si habría o no huelga, sólo se levantaron dos manos detractoras: la de Andrés y la tuya. Tú sentiste entonces un desprecio atroz hacia los regímenes asamblearios. “¿Te has vuelto cómplice del Gobierno, Ana?”, te reprocharon al salir tus amigos. Tú le contestaste que te jodía aquel folclore y te repateaban los cabecillas manipuladores y que, aunque estabas en contra de aquel Decreto, no querías sumarte a quienes con la excusa de oponerse a él querían más horas para estudiar menos temas o, directamente, más horas para juerguearse. Tus amigos de siempre movían la cabeza incrédulos y uno dijo: “Esta que veis fue delegada de curso en segundo”.

Pensaste más. Todo ideas así. Nada claro respecto de lo que le veías a Andrés. Sólo se te ocurría que al final cada cual tiende a juntarse con los suyos, y Andrés y tú erais de la misma calaña.

## VII

Otra vez Ana, Carlos y él, o Carlos, Ana y él –porque Ana estaba en medio–, en sus sitios de siempre, frente a la pantalla por la que acababan de desfilarse los buenos vaticinios de Carlos, mientras el cine se despoblaba poco a poco y de las butacas emergían pequeñas islas pensantes, nobles cabezas críticas como las suyas.

– Voy a comprar tabaco –dijo Andrés cuando desaparecieron los atascos–. A ver si de paso encuentro a Sofía Lóren.

En la calle se extendía la niebla y los últimos espectadores desaparecían algo más abajo tragados por la irrealidad, abandonando en el aire húmedo el recuerdo de sus voces lejanas. Enfrente, una luz mortecina dejaba entrever las formas del quiosquillo, detrás de cuyo mostrador un hombre mayor leía una novela del oeste.

– Se nota que estamos en noviembre –dijo el hombre.

Andrés asintió, dejó unas monedas y fue pensando en noviembre, en lo rápidamente que pasan los meses y en que casi no tenía recuerdos de octubre. “Noviembre”, se dijo. “Tengo que empezar a estudiar en serio”.

Un niño echaba las rejas del cine. Parecía lo único vivo en la calle.

– ¿Sabes qué horas es?

El niño empujaba sin rechistar.

– ¿Sabes que es muy tarde? ¿Y tu papá?

– Dentro. Pone el cine.

– ¿Tu papá es Joaquín?

– Sí.

– Anda, vete con él. Yo cerraré las puertas.

El niño seguía luchando contra el óxido de las ruedas. Andrés se acercó a ayudarlo.

– Puedo solo –dijo el niño.

Andrés dio todavía un empujón que encajó los hierros, vio cómo el chico echaba el candado y entró en el cine. Al apartar el grueso cortinón de la entrada descubrió al grupo sentado al lado de la puerta lateral. No eran muchos, los justos, como ellos mismos solían decir, los pocos de siempre. ¡Qué poca cosa parecían desde atrás sus nuca inmóviles! Le dieron ganas de decirlo cuando tropezó y todos volvieron la cabeza y Ana y Carlos lo miraron con la satisfacción de padre del hijo pródigo. Ahí estaban con sus descubrimientos de todos los viernes, con sus tonterías como si fueran algo, con Herruzo como si fuera alguien señalando al que levantara la mano y soltando frases tan hermosas y ligeras como cometas.

Ana estaba deseando que volviera para preguntarle por Sofía Loren.

– A ti lo que te cabrea es que yo me acueste con ella –le respondió él.

Ella sonrió, le dijo al oído que era un fantástico y le dio un codazo cariñoso.

Andrés dejó caer la cabeza contra el respaldo y vio el techo lejano, casi en el cielo. Por un momento, le vino a la cabeza el vértigo de que, si querían irse, debían llenar todo el cine de palabras atadas con cuerdas. Pero el espacio era enorme y Herruzo no señalaba con bastante rapidez. Él señalaría con los diez dedos para que hablasen diez a la vez, y a otros diez a continuación, y a otros diez, si hubiera, para que expresaran al unísono sus opiniones sobre los condicionantes sociales, sobre la libertad sexual, sobre el imperialismo yanqui, sobre los curas y sobre el sistema político establecido. Y les metería prisa. Venga, ahora vamos a hablar de Fellini, ahora de Truffaut, ahora del cine español de posguerra. Y todos hablarían corriendo, como si hiciera más viento y tuvieran que desenrollar más rápido la cometa. Él les ayudaría. Le daría golpes en la espalda a Tomás Aguilar, por ejemplo, para que liberase antes el inmenso globo que representaba a Garibaldi, pues parir por la boca héroes de otros tiempos

debía de ser trabajoso, pero necesario en aquel ambiente, de manera que Tomás Aguilar tuviera pronto una colección de personajes que rebotasen contra el techo como gordos globos de hidrógeno, unidos a él por un cordón umbilical indestructible.

Andrés pensó en lo fácil que es arreglar el mundo con figuras hinchables y en el enorme beneficio que supondría soltarlas dentro de nosotros y, cuando Carlos le hizo un comentario sobre Sofía Loren, asintió con la cabeza para no lanzar un cometa.

Cuando Isa García y su novio y otros de alrededor empezaron a cuchichear, Herruzo, con forzada sonoridad, agradeció la asistencia y dio por concluido el cine-fórum.

Al salir, la ciudad apareció dormida en la niebla.

– Vamos a tomar una copa –dijo Herruzo–. No digáis que no apetece con este tiempesito.

– Nadie comentó nada. Todos salieron como conformes con la propuesta. Aunque cuando Ana, unos metros más abajo, se soltó de los brazos de Andrés y Carlos y esperó a los demás, sólo apareció un grupo pequeño.

– ¿Y la gente? –preguntó Ana.

– ¡Averigua! Aquí el personal se despista con muchísima facilidad – le contestó Tomás Aguilar.

– Los justos más justos que nunca –dijo Andrés–. Como sigamos con la pérdida de personal, el club de cinéfilos que tenemos montado dará pronto el último tumbo de su vida. Herruzo, tenías que haber dicho que había copita gratis para los socios.

– Pero antes del cine-fórum –dijo Adela.

– Antes, antes.

– El próximo día lo dices tú. Coges el micrófono y lo dices tú.

– Lo que se diga –contestó Andrés–. A mí estas cosas no me importa anunciarlas.

– Vaya, hombre –dijo Herruzo–. Ya tenemos en escena al Andrés Velasco de los viernes. Pero, bueno, a ti qué te pasa. Quédate por ahí dando vueltas y no vengas al cine, o no te quedes al cine-fórum, por lo menos, si tanto te molesta.

– Vale, vale –medió Ana–. No te pongas así.

– ¡Joder! ¿Qué he dicho yo? –dijo Andrés.

– Sí, ya sabemos, tú nunca dices nada. Dejas caer una ironía y ya está. Pues a mí me cabrean tus ironías.

– Ten más sentido del humor, Paco –dijo Carlos.

– ¿Más sentido del humor? Que no venga, si le gusta tan poco.

– Soy un adicto. Ten en cuenta que este es mi sexto año. ¿Sabes quiénes echaron a andar este tinglado? ¿Sabes cuántos vinieron a la primera sesión? ¿Sabes con qué película empezó a costearse un poco? ¿Y sabes las veces que ha estudiado la dirección la forma de aumentar el número de asistentes al coloquio? Al final para estar siempre los mismos. ¿Y sabes por qué? Porque somos unos aburridos, porque siempre estamos con los mismos tópicos auestas y porque no hay quien nos aguante.

– Y tú propones copas de vino.

– Sí, yo propongo copas de vino. O irnos a una discoteca. O a jugar al póquer. O, por lo menos, suprimir el fórum hasta que se nos ocurra algo para amenizarlo.

– El dadaísmo de los tiempos modernos, ¿no? –dijo Tomás Aguilar.

– Tomás, que no te enteras –contestó Andrés.

– El fórum lo puedes suprimir cuando quieras –apuntó Herruzo.

– No viniendo –resolvió Andrés.

Herruzo se encogió de hombros.

– O suicidándote –concluyó luego.

Herruzo creyó que era el momento de aludir a la profunda inquietud de los socios. La atmósfera, sin embargo, no era la propicia. Vivían una de las primeras noches frescas del año, de esas que te sorprenden con menos ropa de la cuenta, de las que te hacen sentir con amargura el cambio de estación. Y así, cuando Adela dijo que estaba pasmada, todos se percataron de su propio frío y echaron a andar guarecidos unos en otros. De poco le sirvió a Herruzo dar explicaciones ante un grupo disgregado y desatento.

– Al pub Coronas –sugirió alguien.

Como siempre, ellos llegaron los primeros. Y, como siempre, Ana los retuvo en la puerta a la espera de los demás. Andrés, al verlos de nuevo, supo que estaba cansado y sintió unas desaforadas ganas de huir. Sólo quería acostarse y apagar la luz.

Herruzo se aproximó a él a poco de llegar con ánimo conciliador. Era cierto que existía el problema, le dijo. Pero ocurría que él era un poco excitable y algunos comentarios de Andrés lo habían sacado de sus casillas.

– Podíamos estudiar el asunto. Deberíamos reunirnos la próxima semana, el miércoles, por ejemplo. En el bar Quiroga, que tiene un rincón apropiado. ¿Qué os parece? –añadió luego.

Andrés hizo un esfuerzo para no contestar de mala manera.

– Creo que no iré –contestó finalmente, preguntándose cómo era posible que de una boca tan pequeña como la de Herruzo pudieran salir tan aparatosos artificios.

Pero aquel estúpido quería reconciliarse con él a toda costa.

– Aporta tus ideas, las necesitamos. Vas a ser el único que falte.

– No, no creo que vaya. Quizá lleves razón. En realidad, el problema reside en mí: un cine-fórum tiene que ser así. Soy yo el que está cansado.

Herruzo, contrariado, buscó a otros. A Adela, que reía sin pausa las gracias que Tomás Aguilar le soplaba al oído, y a Isa García y a su novio.

– Hablo demasiado, Carlos. Y eso me jode –comentó Andrés.

– Estoy seguro de que no has dicho ni la mitad de lo que pensabas – le respondió Carlos, que había asistido a la conversación–. ¿Crees que le ha importado mucho? Le ha herido tu victoria, porque él ha entendido esto como una pequeña contienda, pero ya está. Dentro de nada estará como antes. Cuando te vea y cuando se hable de ti, se acordará de esta noche y sentirá una punzada de odio. Casi nada, estoy seguro. Herruzo es demasiado simple. Anda, tómate un cubalibre y no pienses en tonterías.

Y Andrés se tomó un cubalibre, y luego se tomó otro, y otro. Esas pequeñas debilidades de los días negros que alegran a los alegres y entristecen aún más a los seres tristes. ¡Qué extraña comunidad la de los nacidos con el sino de la tristeza!

– Un estigma que adquirimos al hacernos carne –comentó Andrés con el codo apoyado en la barra–. ¿Qué tal me ha quedado lo de estigma?

– No bebas más, que no estás acostumbrado –le reprendió Ana.

– Que llevo un par de cubatas, mujer.

– Estás hablando muchísimo. Eso es que estás bebido.

– Pues tengo la lengua perezosa, fíjate.

Así, sin que pasara el tiempo. Hasta que Ana dijo que era tarde y, entonces, como se derrumban los edificios, se derrumbaron las horas.

– Nos hemos quedados solos. ¿Tan tarde es? –dijo Andrés.

– Te has pasado dos horas sin cerrar la boca. Demasiada ginebra. ¿Quieres que te lleve a casa? –le propuso Carlos.

– Verás cómo se me pasa en cuanto me digan lo que debo.

Salieron del pub y caminaron un corto trayecto, Ana agarrada del brazo de ellos, hasta que llegaron al cruce donde Andrés debía separarse de Ana y de Carlos, que debían continuar Vallellano abajo: Ana hasta los pisos de la Caja de Ahorros y Carlos hasta el Sector Sur.

A él le quedaban apenas unos pasos. Pero unos pocos pasos dados en la ciudad dormida pueden levantar raros pensamientos. Como que ha



ocurrido una hecatombe y sólo tú te has salvado. O que estarías dispuesto a asesinar al primer ser vivo que encontrases. O que salvas in extremis a una puta de un maníaco dispuesto a estrangularla. O que oyes tocar a una tuna y al acercarte ves a una comitiva de muertos putrefactos. Unos pocos pasos sin dirección fija, a solas con el repiqueteo vivo de los zapatos que lo conducían sin que él lo supiera (porque estaba creando mundos cada vez más verosímiles) por unas calles que no daban a su casa, sino a otras calles, y estas a otras, y así hasta que se descubrió frente a la cartelera del cine rememorando escenas de la película. Entonces, al sentirse en medio de tanta humedad y solo, le dio frío. Pensó que podía estar acostado e imaginó el calor de las sábanas rodeando su cuerpo dolorido. Deseaba tanto irse, que el mismo deseo le impedía andar, o se lo impedía una niebla sólida, o un peso enorme. Pensó, una vez que los pasos fueron más fluidos, que la palabra Garibaldi comenzaba como la palabra Garcilaso. Garcilaso de la Vega, poeta español nacido en Toledo, perteneciente a una ilustre familia de guerreros y literatos, casado con Elena de Zúñiga, aunque enamorado de Isabel Freire, pacifista y guerrero, y muerto en Niza (ciudad natal de Garibaldi) cuando en el asalto a una pequeña torre trepó sin armas defensivas por una escala. Iba cada vez más ligero. Tras la siguiente esquina estaba su calle. El tercer bloque de la derecha era el suyo. Su piso. Su cama. Sus amores solitarios con la Sofía Loren de los buenos tiempos. Sofía Loren e Isabel Freire. Tiraría la ropa sobre el mueble del salón y las sillas del pasillo y se zambulliría en esa fábrica de soledad caliente que es la cama. Pariría a lo Herruzo copias exactas del retrato de cuerpo entero de Sofía Loren y de la idea de cuerpo entero de Isabel Freire y las dejaría que chocaran contra el techo antes de atarlas al cabecero. Aunque no sabía por qué exactamente amar a Isabel Freire le parecía complejo. Se imaginaba a sí mismo como un Garcilaso desazonado a punto de reventar de dolor jugando con las cuerdas como para calmarse un poco, uno de esos

garcilasos victoriosos que pudiendo tener sosegada su alma, porque con ellos están los amigos, el amor conyugal, la fortuna, los viajes, las musas y las batallas, la llenan de angustia con amores imposibles. No parecían plantearsele tantos problemas a Antonio de Fonseca, el marido de Isabel Freire. Haría lo que él, tiraría de las cuerdas, la amaría y, luego, se dormiría lentamente, dándose cuenta.

## VIII

Te despiertas lentamente, dándote cuenta. La luz que entra por las rendijas de la persiana avanza con parsimonia desde un punto lejano en que casi no es nada hasta detrás de tus párpados, donde se hace gorda y lanza como alfileritos que atraviesan todas las telas y humores de tus ojos y siguen por el nervio hasta que se clavan dentro de tus sienes. Desde lo más remoto, como si otro lo hiciera por ti, maldices tu costumbre de dejar un poco abierta la persiana y das media vuelta huyendo de las punzadas, porque cuando acuerdas estás de lado, en una posición que siempre te resultó incómoda pero que ahora te alivia. Y así empiezas a oír los coches en la calle, a captar el volumen de tu cuerpo, a preguntarte por la hora, a despegar la lengua del paladar, a sentir como una sequedad en el aire, el remorder cansino de las carcomas en el armario y al Nuevo preparándose el desayuno. Podías estar todo el día de ese modo, consciente y tranquilo, calentito y quieto.

Oyes la puerta y escrutas con un ojo: el Nuevo te observa por el entreabierto. Ve tu ojo delator y se anima a bromear contigo. Tú piensas que hay que putear a los nuevos, que eso te pasa por blando, que les das la mano y te arrancan las entrañas. “Malditos cachorros, no se cansan de retozar, creen que los viejos tenemos las mismas ganas de jugar que ellos”. El Nuevo pisa unos envoltorios de huevos, cuenta y recuenta un cuento con moraleja donde salen perezosos y esquilonos de iglesia, tira de las mantas dejándote expuesto a los fríos de las mañanas de noviembre, te introduce en la oreja una pluma que no sabes de donde habrá podido sacar, lee un párrafo de un libro de filosofía con *seres* y *siendos* e intenta levantar la cama por la parte de los pies. Tú, que hasta entonces te has limitado a subir las mantas y espantar la pluma, gritas de pronto, te incorporas y mentas a

su padre. Él se atolondra, te mira inmóvil y, tropezando en la cama y en el armario, sale de la habitación. Tú te dejas caer en la cama e intentas adoptar la misma postura de antes. En vano. “Hay que putear a los nuevos”, murmuras. “Putearlos, putearlos, putearlos”, mientras das golpes con el puño en la almohada. “¡Malditos rácanos!”, sigues diciendo cuando pones los pies en el suelo. “El ser del siendo. ¡No te jode!”, cuando te vistes con una ligera punzada en las sienes. “¡Se va a enterar este!”, al ponerte los zapatos. “Nuevo, caliéntame la leche. Me cago en la leche”, gritas cuando sales al pasillo. Oyes una puerta y ves al Nuevo salir de su habitación y dirigirse sin mirarte a la cocina. “Hay que putearlos”, murmuras al entrar en el cuarto de baño. “Si no los puteas, te comen”, piensas mientras ves tu blancuzca lengua en el espejo. “Esto me pasa por blando”, mientras te cepillas los dientes. Sales y no ves en la mesa el desayuno. Llamas al Nuevo a voces. “¿Dónde está mi leche?”, le preguntas. Él te contesta que calentándose. Y mientras esperas el desayuno, te va invadiendo la ternura. “Hay que putearlos”, piensas. “O los puteas o te comen”. Te va invadiendo la lástima. “Esto lo hace porque no tiene bastante carácter, el pobre. Si no, de qué”. “Bastante tiene con ser tan cabezón, después de todo”. “Estos nuevos no saben medir la confianza”. El Nuevo mira a la calle aparentando indiferencia. “¿Has desayunado?”, le preguntas a sabiendas de que lo ha hecho. Él te contesta con un sí bajito. “Venga, hombre, no te pongas así. Es que anoche me emborraché y me he despertado abatido. Bueno, y que no me gustan estos sobresaltos. A cualquier otro le hubiera tirado la mesilla a la cabeza, no te creas”. Y como no encuentras todo el eco que esperabas, le ordenas: “Venga, joder, no seas rencoroso”. E inmediatamente empieza a girar la cabeza, todavía agachada, y luego a girar el cuerpo, y luego a mirarte y a sonreír como un estúpido, seguramente como sonríes tú cuando estás nervioso, y ahí se queda, sin hacer nada de nada, mirándote a ratos, sufriendo, mientras tú levantas el vaso de leche y te preguntas si se

percatará de lo ridículo que resulta huyendo tanto de lo ridículo, aunque son cosas que no se pueden remediar, como sabes por ti mismo. “Lo del Nuevo se cura con el tiempo”, piensas. Y, mientras tanto, él sigue con una sonrisa en los labios, consciente de sus miedos ante ti, que lo miras y te compadeces de ti mismo y, sin embargo, eres admirable para él.

## IX

Podía adivinar la calle recién nacida con el débil sol del amanecer. La luz dominical (sostenía que había una luz singular para los domingos) penetraba tímidamente por las rendijas de la persiana y se estrellaba contra las sábanas estampadas. Pegaba oír música con ese solecito.

De lo primero que le venía a la cabeza en días así era que las mañanas siguientes a las mañanas de resaca se despertaba exageradamente optimista. Aquella no podía ser menos, a pesar del “exageradamente” que le hacía sonreír. Esas mismas mañanas aguantaba poco en la cama. ¿Cómo quedarse tumbado todo el día con el domingo en la calle? Era estúpido pensarlo. Había que salir a ver a las niñas de Ciudad Jardín vestidas de guapas, a las familias creyentes camino o de vuelta de misa con el relajo y el porte de los días de fiesta de guardar, a los estudiantes tomando cañas en Minguitos, en el bar de Pepe, en Juanito el Mohamed, tomarlas con ellos sentados en la plaza de Costa Sol y, si pintaba, si alguno tenía coche, subir a la falda de la sierra, o bajar al polideportivo hasta la una y media o las dos y tomarse una cerveza en la misma plaza de Andalucía.

Nada más salir de la cama puso la F.M. No creía molestar al Nuevo, al contrario, los sones atenuados por la puerta cerrada de la habitación llegarían a su sueño como lo hace el aire fresco a los sitios cerrados. “Nuevo –dijo–, aprende a despertar a la gente, sonido Filadelfia puro, macho”. Bailaba, chasqueaba los dedos, tarareaba mientras llevaba la manzana, el cuchillo, la servilleta y la leche. Cuando se sentó, cantaba Zitarrosa. Andrés oyó callado el primer fragmento de la canción, aquel que dice “Stefanie, no hay dolor más atroz que ser feliz”, e hizo el resto a dúo con la radio. “Da gusto cantar con la boca llena”, pensó.

Poco después se levantó el Nuevo.

– Nuevo –dijo Andrés–, todas las cosas buenas ocurren por la mañana. Si quieres dormir, allá tú, pero mejor que sea por la siesta.

– Hoy es domingo, hombre.

– ¿Tú sabes aquello de que ya que no somos puntuales para la entrada seámoslo para la salida o no?

– No, y no entiendo a qué viene.

– Ya que no nos levantamos temprano los días de trabajo, levantémonos los de fiesta, muchacho.

El Nuevo no había visto a Andrés tan contento desde aquel día que fueron a tomar cervezas al bar de la esquina.

– ¿Te acuerdas de cuando nos emborrachamos? –preguntó el Nuevo.

– ¿Tú te has emborrachado alguna vez?

El Nuevo asintió sonriendo.

– Pero una vez nada más, ¿no?

– Sí, a principios de curso.

– ¡Joder, macho, todavía estamos a principios de curso! ¡No te queda a ti!

– El primer día, quiero decir.

– ¿Nos emborrachamos?

– Sí. ¿No me digas que no te acuerdas?

– ¿Cuándo estuvimos en el bar de César?

– Sí, que bebimos muchísimas cervezas.

– La cerveza no emborracha.

– ¿Y aquel día qué?

Andrés recordó el júbilo del Nuevo en el bar de la esquina.

– Tenemos que visitar con más frecuencia a César –dijo–. Ahora que Luis y Paula no están andará el pobre poco menos que pidiendo limosna.

Al Nuevo el recuerdo de Luis y Paula le producía una punzada en el costado.

– Hoy podía ser –dijo–. Hacemos lo de aquel día. Nos tomamos una o dos sentados en la plaza y las que César nos quiera poner.

– No, hoy no. Otro día. El viernes que viene, o el sábado.

– Me voy a mi pueblo.

– Entonces, el otro. O un día cualquiera que no vayas a clase por la tarde.

– El jueves no voy.

– Vale. El jueves.



## X

Después de todo, el cuerpo fabrica alegría o tristeza, optimismo o pesimismo, de la misma manera que fabrica glóbulos rojos. La mente quizá trabaje de una forma aséptica los impulsos externos. Lo pensaba sin mucho convencimiento, como para justificar la alegría inusitada que le producía bajar Vallellano con ese sol, con los árboles limpios por las últimas lluvias y con la gente caminando sin prisas a su lado. Seguro que Ana hacía un comentario sobre su ánimo (vienes un poco raro esta mañana, por ejemplo. O: ¿Has encontrado flores y pájaros en los balcones?), después que él le riñera por estar acostada a esas horas (¿tú crees que estas son formas de recibir a la gente?).

Aquel era un buen día para contestar afirmativamente. ¿Qué otro presagio que la alegría para quien es de natural triste, que la esperanza para quien gusta de la amargura? Suele ocurrir en las novelas que los presagios felices auguran tristes finales y al contrario. Los escritores necesitan argumentos irreales para provocar el asombro de los lectores. Pero la realidad es menos equívoca. En la realidad lo asombroso es la lógica de los hechos. Y no podía ser de otro modo, porque en el muy hipotético caso de que Ana no lo hubiera pensado se vería obligada a pensarlo, y ambos estarían paseando por la Ribera, y lucía la mañana.

Pero a pesar de toda esa confianza, cuando estuvo junto a la puerta del piso se puso nervioso. “Soy tonto”, se dijo entonces. “No sé dónde voy a ir con esta forma de ser”. Pensar eso lo reconfortó. Respiró hondo y apretó el botón del timbre. No se oyó nada. Lo apretó otra vez, otras veces, hasta que tronó desde dentro, a manera de contestación, un impropio.

– Niña, que son las once y media –dijo Andrés nada más aparecer en el pequeño entreabierto un rostro en el que estaban todas las huellas del sueño.

– Y hoy es domingo –refunfuñó Elena.

– Por eso.

– ¿Qué quieres?

– ¿Se ha levantado Ana?

– No, todavía no.

– Pues ya va siendo hora de que se levante.

Elena, impotente, dejó caer la cabeza contra el filo de la puerta.

– ¿Me vas a dejar entrar o no?

– Sí, hijo, entra, entra.

La muchacha dejó suelta la puerta y se internó en el piso. “Ana, preguntan por ti”, gritó sin dejar de andar por el pasillo, en el momento en que entraba él, que aún tuvo tiempo de verla desaparecer en su habitación.

Estuvo un rato mirando los carteles y, de pronto, le impacientó la idea de que Ana tardaba demasiado. Escuchó un momento: de su habitación provenían indicios de actividad. Quizá intentaba evitar el desaliño de las mujeres recién levantadas a las que momentos antes no has visto dormidas, ese que te produce una sensación de malestar, como si te hubiera engañado con afeites baratos la noche anterior.

Sin embargo, cuando abrió la puerta de su habitación, apareció en bata y con el pelo revuelto.

– ¡Eres tú! –exclamó, como simulando una sorpresa.

– Yo mismo.

– ¿Y qué quieres?

– ¿Cómo qué quiero?

Ana debió darse cuenta de su inconveniencia, porque inmediatamente lo cogió del brazo y lo llevó al balcón, donde le preguntó,

después de mirar al cielo, qué le pasaba para estar de ese talante, por qué venía tan contento, con lo que empezaban a confirmarse los buenos presagios de Andrés: la lógica de la realidad seguía su inexorable camino.

– ¿Dónde vamos a ir? –preguntó Ana.

– Podíamos dar un paseo. No quedan muchos días de sol.

– Tiemblo de pensar en el invierno. Otra vez el brasero, el abrigo y la lluvia por la tarde.

– Todavía hace sol.

– ¿Y dónde iremos?

– Por la Ribera, si quieres. Ya acabaremos en algún sitio.

– Bueno, espérate un momento que me arregle.

– No corras, tenemos todo el día.

Andrés pensó en todo el día, en todos los días iguales olvidados y se dijo: “Hay días que no se olvidan nunca”. Pero no recordó ni uno solo de ellos. “Seis de noviembre”, murmuró, intentando recordar una efeméride, una ley, incluso. ¡Parecía tan vulgar! “Seis de noviembre”. “Los seres vulgares se rigen por acontecimientos vulgares en días vulgares que los marcan definitivamente”. “Seis de noviembre”. “El río llevará poca agua todavía”, pensó al verse paseando por la Ribera agarrado a Ana y mirando el escuálido caudal del Guadalquivir. “Date cuenta, Ana. Dicen que antes era navegable hasta Córdoba. ¿No te parece difícil de creer?”.

Ana volvió pronto

– Vámonos, ¿no? –dijo.

– ¿No desayunas?

– No tengo gana. Ya nos tomaremos algo por ahí.

Pero cuando iban a salir, Ana frunció el ceño, como si olvidara algo, y se volvió al cuarto de baño dejando a Andrés con la mano en el pomo de la puerta abierta. Entre tanto, Elena salió de su habitación, recorrió todo el

pasillo con un gesto de rabia y, sin decir nada, agarró el tirador exterior de la puerta y salió dando un portazo.

“Esa muchacha está loca”, Ana, iba a decir, porque había oído un ruido leve en el interior del piso y creía que era ella saliendo del cuarto de baño. Por eso balbuceó unas sílabas al encontrar a Carlos en la puerta de la habitación de Ana, por pura inercia, porque de inmediato se quedó paralizado y sin pensamiento, blanco, seguramente. Poco después, empezaron a temblarle las piernas. Primero, despacio, y luego, conforme la luz se abría paso en su cerebro, con más celeridad, hasta que, finalmente, tuvo que agarrarse a la pared. Entonces, con mucha dificultad, abrió la puerta y se fue.

En el segundo tramo de la escalera, que se bajaba dando frente a la puerta del piso, Andrés levantó la cabeza y vio a Carlos en el vano de la entrada, mirándolo con unos ojos blancos enormes.

## XI

¡Dios mío, Carlos! Tenías que contar una más, batir tu propia marca. No te importaba que yo la amase. Todo el día juntos para acabar así. Ni se me pasaba por la cabeza que anduvierais revolcándoos en cuanto me daba la vuelta, en tanto que vosotros lo estabais deseando. El palizas de Andrés, cuando se largará para que podamos revolcarnos en paz.

Es difícil imaginar que entre vosotros haya habido otra cosa que no sea el revuelque, sobre todo por ti, Carlos. A escasos centímetros de la calle, a escasos centímetros del piso de abajo, a escasos centímetros del de arriba, a escasos centímetros de los pisos de al lado, os revolcabais. A vuestro lado unos veían la televisión, otros jugaban, o lloraban, o maldecían, o morían, o estudiaban, o dormían, o comían ajenos a vosotros y vosotros, ajenos a ellos, pasabais la vida revolcándoos, esquivándome y riéndoos de mí. Y mientras tanto, yo os amaba a los dos, quizá no amando a nadie más.

“Si quisiera a alguien, te querría a ti”, decías. Y yo me lo creía, como los tontos. Supongo que te resultaría insoportable mi presencia. Si quisiera a alguien, te querría a ti. Y yo tan contento. ¿Qué hacía Carlos mientras estabas conmigo? ¿Qué decía? Tú sabías que andaba con otras. Hay cosas que no comprendo.

¿Qué pasará ahora?

## XII

– Eres un personaje curioso, Andrés –Susmaría hojeaba distraídamente un libro de Geografía del Nuevo–. Supongo que la timidez te ha ido rezagando. Te sientes antiguo, ¿no? Un carcamal conservador. Pasan a tu alrededor historias que no comprendes, pero toleras. Siempre has creído estar fuera de contexto, forzado en el entorno y en continua tensión. Y, sin embargo, cuando las pequeñas vidas que te rodean se movían en la vulgaridad y en el falso realismo, tú te mostrabas original, idealista, vivo. Ahí radicaba tu pequeño magnetismo personal, eso que llamabas rareza o exotismo y que te parecía la consecuencia de estar metido en otro mundo, con gentes que no eran como tú.

– Gracias, supongo que debo sentirme más animado.

Susmaría levantó los ojos, pasó un momento la mirada por el rostro de Andrés y volvió a dejarla vagar por las fotografías que saltaban del libro.

– Te digo que eres un personaje curioso, pero si quieres te mando a la mierda –dijo.

– Lo siento.

– No lo digo por animarte. O por lo menos no fundamentalmente por animarte. Te estoy diciendo que eres un buen personaje para un libro, uno de esos libros sin argumento que se escribían hace algunos años. Me gustaría escribir uno parecido, pero mi incapacidad lo hará imposible. Es una lástima. A veces pienso que me sostiene únicamente la esperanza de que el tiempo convierta mi ineptitud en madurez. Al fin y al cabo las grandes novelas las han escrito hombres viejos. ¿Comprendes?: el tiempo. A ti te afectará con seguridad. Cuando pasen por aquí unas semanas o, como mucho, unos meses, apenas tendrás un recuerdo de lo que ha pasado.

– Hay recuerdos que marcan definitivamente.

– Piensa, entonces, que también te hubiera marcada la aceptación de Ana. Quizá hubiera sido peor. Qué sabemos.

Andrés sacó un cigarro y lo encendió pausadamente.

– Pero el tiempo no corre, pasa, simplemente pasa –dijo.

– Por eso no hay que tener prisa. Porque es inevitable y porque tenemos tan pocos años de vida que resultaría estúpido querer saltarnos un solo día, aunque fuera para sufrir.

– Creo que no has sufrido bastante.

Susmaría cerró el libro.

– Te casarás, tendrás hijos, ganarás dinero y serás influyente, aunque dudo que llegues a tener cargos de altura, porque no eres tan vulgar como para seguir el camino que lleva a ellos, pero ni serás ni querrás ser feliz, porque no te creo tan ignorante como para deseárselo.

– ¡Vaya augurios los tuyos!

– No ambicionar la felicidad es la mejor forma de acercarse a ella. Se tiene más tristeza y más tranquilidad. La felicidad debe de ser un estado de serena tristeza.

Andrés reconoció en las ideas de Susmaría vagas sensaciones propias, como ajusta cualquier hecho concreto en las imprecisas expresiones de los horóscopos.

## XIII

Cuando seamos viejos. Cuando Susmaría sea viejo y haya leído gruesos tomos y arrugado miles de folios. Cuando yo sea viejo y los días sean tantos que el contenido de cualquiera de ellos me parezca una trivialidad. Cuando los años nos hagan insensibles y nuestro futuro sea el de nuestros hijos. Cuando nuestros hijos sufran nuestros sufrimientos de ahora y piensen en cuando sean viejos (¿pensarán, como yo hago ahora, que difícilmente sus padres pasaron por eso?). Cuando seamos viejos y el paso de unas muchachas nos haga más viejos.

Susmaría escribirá bien cuando sea viejo. Él dice que es cuestión de estar horas delante de un papel. Para entonces habrán pasado muchas y habrá garabateado kilómetros de renglones. Probablemente lleve razón y todo sea cuestión de tiempo. Quizá haya que estar horas frente a la vida, mirando su blanca vaciedad y llenándola poco a poco de garabatos que son signos de un idioma que, tristemente, sólo tú conoces, porque lo inventas sobre la marcha.

Es duro enfrentarse un día y otro a un folio en blanco. A veces apetecería no tener el papel encima de la mesa. Sólo estar sentado, con los ojos cerrados, en silencio y quieto.



## XIV

Carlos estaba obnubilado, inmóvil en la puerta, fija la vista en las escaleras desiertas, y tú balbuceabas en vano su nombre y repetías frases inconexas. “¡Dios mío, Andrés!”, recuerdas que conseguiste articular en medio de lágrimas como puños. Carlos se desinfló en un suspiro que te hizo decir “y ahora qué hacemos”, porque creíste que de nuevo te oía, aunque no era una pregunta deseosa de respuesta, sino una exclamación fatal, y por eso no esperaste a la respuesta para derrumbarte sobre el sillón llorando a lágrima viva. Carlos vino y te cogió la mano. Tú levantaste los ojos y lo viste enorme frente a ti, como una confusa caricatura de quien momentos antes te abrazaba todavía dormido. No sabes exactamente lo que dijo, que sabíais a lo que estabais expuestos o algo así, que debían ser palabras de consuelo pero eran una confirmación de la voluntad, la negación de toda disculpa. Tú retiraste tu mano de la suya para apoyar sobre ella la cabeza. Carlos te miró durante un momento y luego se sentó en otro sillón. “Tarde o temprano se iba a enterar”, dijo, con lo que te demostró que estaba desorientado, y en ese preciso momento empezó a salir de aquel piso.

– Será mejor que te vayas –le dijiste.

Y sin mirarlo te levantaste y te metiste en la habitación. Él tardo un poco en seguir tus pasos. “Ana”, dijo desde la misma puerta. Tú estabas boca abajo en la cama, pensando que te sentías mal. “Ana”, repitió más cerca. Se sentó a tu lado y te acarició el pelo. No dijiste nada, no te moviste, y él interpretó que habías pronunciado tus últimas palabras. Se levantó, te miró con tristeza y se puso a recoger sus cuatro cosas. Algo después, la puerta delataba su ausencia. Tú empezaste a reaccionar,

levantaste la cabeza y pensaste en la situación, en sus orígenes y en sus consecuencias.

Han pasado dos días. Nunca pensaste que las horas pudieran ser tan largas. Te has hecho miles de preguntas y has creído ver miles de luces diferentes en tus razonamientos. Como respuesta a tu pregunta más importante, por qué te ha sentado tan mal que Andrés se enterase de lo vuestro, y dejando aparte la misma forma en que el descubrimiento se produjo, has pensado en el cariño que le tienes, maternal si se quiere (diferente del amor juvenil, casi adolescente, que él tiene por ti), que te ha provocado un acentuado sentimiento de lástima. Aunque, si sólo fuera lástima, ¿cómo ibas a perdonarte tus crueles coqueteos, sus falsas esperanzas, el abuso de tu dominio? Y has pensado que todo sería más fácil si sólo fuera lástima, pues él acabará endureciéndose y es él, alguien ajeno a ti después de todo, que se irá con su vida a cualquier otra parte en tanto tú te quedas contigo y sola, sola de él.

“El amor es egoísta”, han pronunciado tus labios. Y has empezado a temerte lo peor. “Somos de la misma calaña”, has dicho mirando al techo de la habitación. Y un tropel de palabras, de recuerdos y de imágenes han embarullado tu mente. “¡Si sólo fuera lástima”, has dicho.

Empiezas a alimentar la idea de tener físicamente a Andrés. Tienes miedo por ti y quisieras aclararte.

## XV

¿Cómo describiría Susmaría los irrelevantes acontecimientos de aquel jueves, inolvidable, sin embargo para el Nuevo (los nuevos no son muy exigentes a la hora de descollar actos), en la hipotética historia de la que él sería, al menos parcialmente, protagonista? No había más que pararse a recordar un poco y comparar lo vivido con las páginas de un libro para darse cuenta de lo terriblemente ardua que es la labor literaria. A ver, por ejemplo, cómo recomponía él mentalmente la tarde-noche a narrar, qué bosquejo hacía del capítulo correspondiente, paso inmediatamente anterior al hecho físico de la escritura y, a todas luces, absolutamente necesario. Porque una cosa era decir que él leía una novela del oeste y otra inducir al lector a pensar que habitualmente leía obras como esas sin mostrar por ello prejuicios hacia ese tipo de literatura. Había que dejar entrever un abatimiento profundo en esos actos inhabituales y conjugarlos con otros habituales indicadores de una tristeza crónica, como estar tumbado en el sofá fumando. Por supuesto, era obligatorio darle un espacio y un tiempo a la acción: describir el salón haciendo contar el origen del desorden y situar a la una y cuarto las manecillas del reloj. Y con esos datos previos dar marcha a la máquina y dejar pasar los segundos mientras el narrador, como un taquígrafo maravilloso, escribe cuanto sucede y no sucede, cuanto se piensa y no se piensa y cuanto se siente y no se siente.

En su caso, dar una palmada para despertar un microcosmos en el que inmediatamente llega el Nuevo, un sujeto conocido del lector sobre cuya identidad no debe abundarse, que le espeta “hoy es jueves, estar tarde no hay clase”, recordándole de esa forma una promesa hecha en unas páginas precedentes. Él, Andrés en lo sucesivo, lleva cuatro días sin salir de casa y se resiste. “Nuevo –dice, y es una frase que conviene recoger

literalmente—, aprende a respetar el dolor de los compañeros de piso”. Con lo que se hace ver al lector que el carácter del protagonista tiene un poso irónico incluso en los momentos más desolados. El Nuevo se disculpa, pero no desfallece, acaso porque ha captado una sombra de duda en el espíritu de su interlocutor. “Tú, que eres licenciado en Derecho, debes saber mejor que nadie el valor de los convenios”, dice como parte de un diálogo que sería recomendable reproducir. Andrés va sucumbiendo poco a poco, y no por efecto de las razones que le dan, sino por una remota atracción hacia los bares, aunque el Nuevo lo toma como un triunfo propio.

Salen, pues. El narrador debería enmarcar ahora a los protagonistas en el ambiente callejero de Ciudad Jardín y recorrer con ellos las particularidades de Gran Vía Parque y Antonio Maura, con sus bloques de pisos sosos y fríos y su gente caminando contrita por las anchas aceras. “Mala hora la una y media para estar fuera de los bares”, dice Andrés. “¿No has visto que cara lleva el personal?”. El Nuevo lo entiende por otros derroteros. “¿Sabes por qué se llama al barrio Ciudad Jardín?”. El Nuevo sonrío. A lo lejos se divisa solitario el pino de Costa Sol. “¿Ya no dan lecciones de urbanismo en el bachillerato?”, pregunta Andrés como lo hizo días atrás, y dice: “No sé qué enseñan ahora”. Y luego: “Malos tiempos estos que corren”. Y finalmente: “Nuevo, estoy hecho polvo”. Algunos niños juegan en la calle. Son niños incapaces de imaginar juegos, que corren entre los coches aparcados y cantan canciones de los programas infantiles de la televisión. El narrador haría bien en mostrar cierta compasión hacia los niños de las ciudades antes de introducir a los personajes principales en la plaza de Costa Sol, el meollo del barrio, donde todavía a esas alturas de noviembre perviven varias terrazas a cuyo consuelo acuden los estudiantes que vuelven de clase y por entre las cuales revolotean de vez en cuando algunos niños perillanes que piden limosna, venden flores y fuman tabaco sin filtro.

Ellos se sientan dando frente al paso de los viandantes y enseguida un camarero alto con una deslustrada chaquetilla blanca acude a socorrerlos. Andrés pronunciará entonces unas palabras mágicas:

– Un par de tubos.

El narrador mostrará la relevancia de la frase sacándola, contra la norma, a un guión aparte, e inmediatamente después dejará constancia del paso ágil, arriscado y resuelto de las muchachas, de la bondad de la cerveza como elemento terapéutico y de ciertos males del alma. Puede poner: “No sé qué coño hacemos aquí como dos tontos”, expresión de Andrés bastante ilustrativa que, contra su propia esencia, regocija al Nuevo. Puede transcribir algún pensamiento. Como, por ejemplo: “Los nuevos son felices con que nadie se burle de ellos”, lógicamente, de Andrés. Puede referirse a la emoción generosa del Nuevo al verse en vísperas de confirmar un recuerdo. “Los viejos presumen de tristes”, piensa, y dice cuando el magro camarero pone sobre el mostrador otros dos tubos: “Esto parece que se anima”.

No sería conveniente un excesivo abundamiento sobre la estancia en cada bar, ni es aconsejable caer en minucias que no dan fondo al escrito y distraen la atención del lector. Puede escribir que, al cabo, dijo Andrés: “Si queremos emborracharnos, tendremos que cambiar de bebida. A este paso nos ahogamos antes”. Y que dicho esto, se levantó, aunque el Nuevo, que ya se sentía simpático, se demoró, remolón, mirando a las muchachas que pasaban.

¿Cómo recomponer ahora el periplo que siguieron? Se marcharon de Costa Sol rumbo a Juanito el Mohamed, pero cómo decirlo, y cómo expresar la confusa determinación con que entraron en ese bar, tan distinta además. Podría escribir: jugaron a las dos viejas máquinas de bolas. O: a Andrés le dio coraje que el Nuevo sacara partidas y él no. O: ellos mismos

notaban que reían demasiado. O: sólo estaban ellos y un viejo que los veía hacer plácidamente.

¿Cómo describir el paso de las tres, hora en que salieron del bar de Juanito el Mohamed, a las cinco, cuando los dos, sentados en un portal de la calle Julio Pellicer, borrachos perdidos, decidieron meterse en el Cabrera Vistarama, cuyas carteleras tenían frente a sí? ¿O era mejor obviarlo y anotar apenas una referencia antes de situarlos en la sala de proyecciones, absolutamente solos, media hora antes del primer pase? Limitarse a contar, por ejemplo, que dijo Andrés: “Nuevo, ¿te has fijado qué película ponen?”. Y que le contestó el Nuevo: “Una de samuráis, creo”. “¡No jodas! ¿Una de samuráis?”. “Sí, de samuráis”.

Ninguno de los dos llegó a ver empezar la película. En un momento indeterminado, cerraron los ojos y se durmieron. Cuando el segundo pase iba por la mitad, unas apremiantes ganas de orinar despertaron a Andrés, quien adormilado todavía se dirigió a los servicios. Las luces del recibidor, primero, y las más potentes de los servicios, después, acabaron de despertarlo. Orinó casi dos minutos, con la frente apoyada en la pared y dejándose llevar por un placer casi concupiscente que le hacía ronronear.

En el recibidor sintió un ligero desconcierto. Habían transcurrido tres horas desde que entraron en el cine y afuera era noche cerrada. Se observó un momento y no se encontró dolor alguno, sólo como si unas grandes mariposas pardas revolotearan dentro de su cabeza. ¿Y el Nuevo? Un acomodador lo condujo a trompicones hasta su butaca, junto a la que su amigo dormía con la boca abierta. Andrés lo cogió del brazo y tiró de él con fuerza hacia el pasillo y, luego, hasta la calle.

Ahora debía conducir a los dos personajes por Julio Pellicer en dirección a Medina Azahara, camino opuesto al de su piso, lo que suponía dejar constancia de la sorpresa del Nuevo, que creía finalizada la correría, y de vergüenza que sintió cuando Andrés le preguntó si quería un día

memorable de veras. Sería bueno aludir después a una pequeña conversación que tuvieron. Ocurrió que oyeron una voz monocorde e ininteligible al pasar junto a la puerta de una iglesia. “Pásmate, Nuevo – dijo Andrés–, en estos momentos cientos de voces aupadas en cientos de estrados predicán cientos de verdades diferentes”. “Y lo malo –añadió el Nuevo– es que quizá ninguna lleve razón”. Andrés comprendió que el Nuevo no acababa de enterarse. “O todas, quién sabe”, dijo.

En Savoy tomaron un café y unos dulces y el Nuevo piroteó a una muchacha que vendía papeletas de una rifa. Así de simple quedaba bien. Si acaso, se podía aludir también a la significación de este último hecho al narrar momentos posteriores. Por ejemplo, cuando entraron en Plateros, el Nuevo dijo: “Desinhibido socio una fiera”. O cuando, apoyados en una barra del mismo bar, en medio de un pacífico recordatorio sobre la maldad de algunos profesores, el Nuevo cambió de conversación y soltó: “Me estoy acordando del culo de la muchacha de la rifa”. A lo que el socarrón de Andrés le contestó: “¿Qué muchacha?”.

Poco más. ¿Para qué detenerse en el deambular por los bares del centro? ¿Qué se sacaba contando episodios minúsculos y repetidos? A las doce y media tomaron la calle Gondomar. Casi no podían mantenerse en pie. El Nuevo vomitó cerca de la Victoria. Bastaban unas frases parecidas, que hubieran sido suficientes para dar fin al relato de no ser por el lance que protagonizaron ya en el barrio, cuyo extracto puede ponerse a continuación.

Andrés había manifestado unas acuciantes ganas de orinar antes de perderse detrás de una esquina y el Nuevo se había sentado detrás de un montón de revistas viejas a esperarlo. De pronto, un chorro caído desde el cielo rompió el silencio de la calle y, enseguida, alguien dijo a voces: “Nuevo, creo que me siento mejor aquí arriba”. El Nuevo se levantó de un brinco y miró a lo alto. Andrés estaba de pie en el brocal de la terraza, con

una mano en el poste de un tendedero y la otra en la bragueta. “Estás loco”, gritó el Nuevo, y dijo para sí, muerto de pánico: “¡Dios mío, está loco!”. Andrés soltó la mano del poste para subirse la cremallera. “Voy a dejar el tabaco”, dijo tambaleándose. “He pensado que me estoy quitando la vida poco a poco”. El Nuevo buscaba apoyo con miradas urgentes a la calle desierta.

Y eso era todo. ¿Qué pensaría Susmaría de esta especie de apunte? Si lo hubiera plasmado en un papel.... Pero así, dejándolo sólo en el pensamiento...



## XVI

La mañana siguiente a la mañana de resaca tenía mejor talante. Luis y Paula, que habían aterrizado en el piso tras dos semanas de ausencia, le gastaron bromas al verlo aparecer casi a las once con los ojos hinchados, medio dormido todavía, y él las aceptó de buen grado y bromeó a su vez al verlos delante de los libros, como si estudiaran, una postura inhabitual en ellos a esas alturas del curso que a él, acabada la cháchara, le recordó traicioneramente a sus padres, y después su propia edad, y después la edad que tendría cuando viniera de la mili. De forma que no pudo hacer otra cosa que sentarse con ellos al acabar de desayunar, aunque su cabeza no estaba para muchos trotes y no le tenía el molde hecho a ninguna silla. Fue en vano, claro. Y eso que no había visto nunca a Luis y Paula tan ufanos. Al cabo, habiéndole dado inútilmente diez repasos al mismo folio, salió al balcón con la esperanza de que el fresco lo animara un poco y allí estuvo un rato, apoyado en la barandilla y dejando que el pensamiento vagara con la vista, hasta que atisbó allá abajo, casi en la avenida del Aeropuerto, una mancha roja entre los coches aparcados, el color de aquel vestido con el que Ana hizo una excepción a la economía de guerra de su maldita vida de estudiante, que decía ella. Caminaba hacia su piso, pero evidentemente no era ese su destino. No obstante, a cada trecho que ella recorría, él se ocultaba un poco, se alejaba un poco más del mundo circundante, sentía que su corazón latía un poco más fuerte y le provocaba un zumbido en la cabeza. En el momento en que pudo distinguir su rostro, volvió a entrar, y dentro recuperó el aliento y con el aliento el odio, y con el odio la serenidad. “¿Adónde irá?”, pensó, imaginándola pasando despreocupadamente por la misma puerta de su casa.

Poco después sonó el timbre. Paula fue a abrir. “Ahí te buscan”, dijo a la vuelta. Andrés se levantó sorprendido.

En la sala, Ana creía que se iba a morir.

## XVII

Estaba en blanco. Durante días enteros había ensayado el momento como ensaya el jugador de ajedrez sus movimientos ante los de un adversario cuya estrategia le es familiar y ahora no recordaba nada, como si estuviera ante el examen más difícil de su vida. Sólo tenía claro que deseaba estar allí, y era como si lo hubiera deseado siempre, como si todas las circunstancias de su vida fueran pasos que fatalmente habían de conducirla con ese ánimo a aquella desordenada sala. Esa fatalidad la sosegaba y la fortalecía y, sin embargo, no tuvo valor suficiente para mirarlo a los ojos cuando, desconcertado, Andrés se detuvo frente a ella, y no pudo hablar sino hasta transcurridos unos segundos angustiosos que quería romper y no podía. “Te lo juro, Andrés, nunca he sufrido tanto”, dijo al fin. Él, que tampoco la miraba, movió la cabeza y dijo: “¿Has venido a contarme lo que sufres?”. Esperó un poco y añadió: “Di, más bien, nunca he pasado tanto bochorno”. A lo que ella ni podía ni deseaba oponer nada. “No he venido a disculparme”, dijo mientras los ojos se le enrojecían levemente, y como Andrés seguía mudo, continuó: “Tenía pensada la conversación. Es estúpido. No sé qué decirte”. Dos lágrimas gruesas resbalaron despacio por sus mejillas. Él notó entonces una pequeña inquietud en sus adentros y dijo: “Dime sólo como están los pájaros” “Ya ves, colgados del techo de mi habitación. No paran de moverse en todo el día”, contestó ella con una mueca que quería ser una sonrisa, sin percatarse de que a él le quemaba cualquier referencia a su habitación ni hacerse cargo de que en lo sucesivo él vería a los loros colgados de aquel techo como atónitos espectadores del origen de su dolor. “¿Sabes?, hace una semana que no lo veo”, dijo, recomponiendo tras un silencio sus previsiones. “Quiero contártelo, debo hacerlo”. Y como él movía la cabeza

negativamente pero a pesar de todo otorgaba, le contó lo que quería, ya sentada, dejando vacíos entre frases para respirar, para tragar saliva, para pedir comprensión. Dijo, por ejemplo: “Era septiembre, y tú no estabas”. Dijo: “Estábamos solos, y Carlos entiende de esas cosas”. Dijo: “Él era divertido”. Dijo: “Hacíamos lo posible para que no te dieras cuenta”. Dijo: “Me sentía culpable, pero no me atrevía a revelártelo”. Él había permanecido cabizbajo sin saber cómo interpretar aquella confesión, y ahora la miraba fijamente, como preguntándole si eso era todo, y ella se consumía en el sillón sin saber qué responder. Sólo mucho después, añadió: “Lo siento, lo siento muchísimo”. Él murmuró con una mueca de tristeza: “Siempre he sido un aburrido”. Pero ella no le prestó atención y siguió con el mensaje que llevaba preparando una semana. “Por favor, deja que me quede”, pidió al fin.

## XVIII

Al día siguiente, Ana se llevó dos macetas de geranios y los loros. El Nuevo, que le había abierto la puerta, la vio regar las plantas y colgar los pájaros sin darse cuenta de que aquello era una mudanza.

– Se secarán –dijo–. ¿Has visto alguna planta en un piso de estudiantes?

– Llevo dos cursos con estas macetas y no voy a dejar que se sequen ahora.

– ¿Qué son?

– Geranios.

– Da lástima meter plantas en un piso como este.

No se enteró de que se había mudado hasta una semana más tarde, cuando se lo dijo Andrés, a pesar de que Ana vivía con ellos, como vivía él mismo.

– ¿En serio no te dabas cuenta de lo que pasaba? –le preguntó Andrés.

El Nuevo le contestó que Ana no había traído maletas, ni bolsos, ni nada.

– ¡Dios mío! –le contestó Andrés–. Pareces una madre.

Aquella misma noche, el Nuevo pensó, tendido en la cama, en los prejuicios que tenía sobre las mujeres desde que Paula vivía con ellos. Al contrario que Paula, Ana no andaba en ropa interior por la casa, ni había salido de sus labios ninguna grosería que lo conturbara. Y él no se guardaba de hacer o decir delante de Andrés y de Ana lo que se guardaba cuando Paula estaba presente. Quizá por ello no había notado la mudanza.

A la mañana siguiente, cuando se encontró el desayuno encima de la mesa, el Nuevo evocó aquella conversación con Andrés y les dijo a él y Ana, que lo esperaban sonrientes:

– Es cierto modo es como si hubiera venido mi madre.

Segunda parte  
Diciembre-abril

## XIX

Tengo miedo, un extraño miedo indefinido.

Estás acurrucada junto a mí, dormida, supongo que amándome y te amo, ¿y te tengo miedo?

Antes mis noches bullían con tu imagen lejana. Ahora, que estás dormida a mi lado, ¡hay tanto silencio, tengo tanto miedo!



Tercera parte

Mayo-junio

## XX

Habían dejado el cineclub por películas de aventuras en salas comerciales y pequeños coloquios en algún pub cercano, donde Andrés manifestaba su frustrada vocación aventurera contando sueños infantiles e imaginando viajes salpicados de obstáculos imprevistos que harían los dos cuando él sacara las oposiciones y donde ella asentía emocionada y le advertía sobre previas adquisiciones ineludibles (la casa, la biblioteca y el aparato de música, entre otras) para tener un sitio donde vivir en paz los restantes once meses del año y pasar la vejez, a la que sin duda llegarían juntos. Andrés le contaba sus ilusiones convencido y le descorazonaba volver a pisar la tierra para saberse opositor, y luego funcionario, y luego marido, y luego padre. Cuando se lo confesaba a Ana, se veía pariendo a lo Herruzo héroes de tebeo con su misma cara y le daba vergüenza, porque suponía que a él no le pegaba ser imaginativo, sino todo lo contrario. Ana se daba cuenta e intentaba conformarlo con promesas de adhesión a su futuro y besos dulces entre los que encajaba algunos regaños por ser como era, tan complicado, tan inseguro, y unos cuantos mimos por lo mismo y por quererla. Andrés sonreía entonces, le cogía la mano y le contaba un cuento. “El de la diosa Necesidad”. “¿Otra vez? Debes sabértelo mejor que el mismo Korolenko”. Y él le contaba el cuento de la diosa Necesidad. Cuando acababa, ella decía: “Me gusta cómo hablas”. Y se quedaba en silencio unos segundos. “Ahora, improvisa uno, por favor”, añadía luego. Andrés ya no mostraba resistencia. “La habitación era inhóspita, pero el mar estaba cerca y se oían claramente los graznidos de las gaviotas...” “Creo que te gusta más contar un cuento que hablar de nosotros”, decía ella después. Él dudaba. “No importa, a mí me gustan más tus cuentos”. Y

como Andrés seguía dudando, ella le cogía la cara, se acercaba a él y le decía muy bajito: “Estamos locos. Estamos locos, Andrés”.

## XXI

Un día se descubrieron haciendo cosas inverosímiles.

Que comían juntos. “¿No parece como si jugáramos a las comiditas”, decía Ana.

Que salían de paseo sin quedar en ningún sitio ni llegar el uno a la casa del otro.

Que se besaban sin desasosiego en cualquier rincón de la casa.

Que veían las mismas películas y leían los mismos libros.

Que dormían juntos en una cama demasiado estrecha.

Iban camino de Madrid en uno de esos trenes nocturnos que paran muchas veces. Poco antes, al pasar por delante de la vetusta estación, Andrés había recordado en voz alta algunos finales de parranda en la lúgubre cafetería de su interior, pintándolos de tal forma que a Ana le dieron ganas de entrar. En la estación, sin embargo, no había mucho que ver. “¿Recuerdas lo que te decía de la desolación de las estaciones?”, había dicho Andrés. Dos mujeres estaban sentadas en un frío banco de hierro y en las vías reposaba un tren. “Es extraño ver tan poca gente en un tren que va a Madrid”, había dicho Ana. Por las ventanillas de los vagones se veían rostros ensimismados. “¿Te gustaría ir a Madrid?”, le preguntó Andrés en el mismo momento en que la partida era anunciada por los altavoces. Ana dudó mientras se acercaban lentamente al tren.

Al rato, Ana contaba las luces que corrían por la ventanilla. “Tenemos que pararnos a recordar cómo estábamos para darnos cuenta de lo felices que somos”, comentó Andrés. “La paz siempre pasa desapercibida”, le contestó Ana. “Duérmete, si quieres. Yo te aviso cuando vaya a pasar el revisor”, dijo Andrés, quien sacó un bolígrafo y se puso a escribir en los márgenes de un periódico.

Todavía de noche, Ana se desveló. “Me he entretenido escribiendo un cuento”, le dijo Andrés pasándole el periódico. Ana leyó el título, “Por eso”, y dijo: “Luego lo leeré. Ahora, cuéntamelo. Me gusta cómo hablas”.

## XII

Andrés leyó:

### POR ESO

– Ya te he dicho que tú no eres niño de cuentos. Arrópatte bien, que luego no nos dejas dormir. Arrópatte, Fernando, hijo, que luego no hay quien te aguante las toses, que cualquier día te quedas traspuesto en una tos.

– Uno que no sea de niños.

– Si no eres niño de cuentos, no eres niño de cuentos. No seas tonto, hijo.

– Pues ayer el tío me contó un cuento.

– ¿Qué cuento?

– Uno de cuando aquí no había mineros, de antes de venir los mineros. ¿Tú sabías, papá, que antes no había mineros? ¿De dónde habrán venido, eh, papá, de dónde, lo sabes?

– No, no lo sé. De lejos, de muy lejos. Tanto que, aunque quisieran, no podrían irse, porque se morirían por el camino. Y a nadie le gusta morirse en el camino. En el camino se mueren los perros, pero no los hombres. Tú no lo comprendes porque eres un niño, sí, ya sé, un niño grande, pero un niño. Y arrópatte. Morirse por el camino es triste. Estás desamparado y te entierran en una tierra que no es la tuya.

– Papá, ¿qué es lo más triste del mundo?

– No lo sé.

– Papá, cuéntame un cuento.

– ¡Diantres con el nene! ¿Pero qué idea te metió ayer tu tío en la cabeza?

– Me contó un cuento. Uno muy viejo. Pero tú lo sabes, porque el abuelo lo contaba muchas veces. Cuéntamelo, papá, anda. Luego me duermo, te lo prometo.

– Que sí, que yo te lo cuento. Pero dime cuál, que no lo sé.

– Uno de cuando no había mineros, uno muy viejo.

– ¿El del zagal que vio un niño chico en un nido de cigüeñas y ese niño era Dios?

– No, ese no.

– ¿El de la nube que tenía forma de árbol y luego resultaba que no era una nube, sino un árbol, y la gente se subió una encima de otra para coger una fruta blanca que decían de nieve?

– No, tampoco.

– Será, entonces, aquel del molinero que tenía una hija que se casó con un pastor y el pastor no era pastor sino el sobrino de un conde con derecho a herencia y la herencia era un castillo subterráneo con las almenas para abajo y el pozo para arriba. ¿No será ese?

– No, ese no es.

– No sé cuál puede ser.

– Uno de antes de los mineros.

– Sí, sí, ya se sé. Espera, espera a ver si es este: el del puente mágico que aparecía y desaparecía y cuando aparecía era martes, de modo que la gente se moría los lunes porque el cementerio estaba al otro lado del río.

– Tampoco, papá.

– Arrópate, hijo. Ese es de antes de los mineros.

– Pero ese no es.

– ¿Sabes los cuentos que te digo?

– No.

- ¿Entonces?
- Yo quiero el que me contó el tío. Es más bonito que todos esos.
- No caigo, hijo.
- Sí, acuérdate, uno de antes de los mineros.
- Cuéntame un poco.

– No lo recuerdo muy bien. Había un río en el aire, eso sí lo recuerdo. La gente pasaba por debajo y veía los peces grandes y los chicos, y veía los barcos arriba navegando deprisa, porque arriba, tú lo sabes, sopla el viento más fuerte, según me dijo el tío, y es verdad, lo sé porque soplaba más fuerte en el cortijo del abuelo. Dime, papá, ¿antes de los mineros había un río en el cielo?

- ¿Un río de agua? ¿Quieres decir un río de agua?
- Hombre, claro, de qué va a ser.
- No sé, no creo.
- ¿Qué no había río?
- Sí.
- ¿Sí había río?
- No. Digo que no creo que hubiera un río en el cielo.
- ¿Por qué?
- Porque se caería.
- ¿Y los pájaros qué?
- Los pájaros tienen alas.
- ¿Y cuando llueve de dónde viene el agua?
- Arrópate, hijo, que luego te pasas la noche tosiendo.
- ¿Eh? Dímelo, venga.

– ¿Y cómo iba a subirse la gente a los barcos? Tu tío está llenándote la cabeza de grillos. Mira, te voy a contar el cuento del zagal que encontró un niño en un nido de cigüeñas y luego resultó que era Dios.

- ¿Cómo se llamaría ese río?



– Hijos, los cuentos son sólo cuentos.

– Ya sé cómo subía la gente a los barcos.

– ¿Cómo?

– Los barcos tenían alas.

– Escucha: eso del puente que aparecía y desaparecía es mentira. Los cuentos son los cuentos y nadie puede hacer que sean verdad. Y lo de la nube que tenía forma de árbol, y lo del sobrino del conde. Lo del niño Dios es verdad, eso sí. Le pasó a un zagal. Se encontró un niño en un nido de cigüeñas y era el Niño Dios. Pero lo demás es un cuento. Y ahora duérmete. Todos los niños se han dormido ya. Reza. Señor San José...

– Señor San José, Virgen María, qué gran alegría... Papá.

– ¿Qué?

– Ayer soñé que era marinero de un barco de esos.

– ¿De cuáles?

– De esos que vuelan. Me asomaba y veía abajo a mamá.

– ¿Ves tú como es un cuento? ¿Lo ves? Anda, reza ahora.

– Sí, señor San José, Virgen María, qué gran alegría... Papá.

– ¿Qué?

– También soñé con el tío.

– ¿Y no soñaste conmigo?

– Tú estabas en el cortijo del abuelo.

– Arrópate, hijo.

– Mamá estaba abajo cerrando la puerta y el tío me contaba un cuento, porque yo también estaba abajo, oyendo al tío contar un cuento de un río que era como el río por donde yo navegaba, y yo era el marinero que decía el tío.

– ¿Y qué pasaba luego?

– Se iba el barco.

– ¿Y ya está?

- ¿Ya está qué?
- ¿Y el tío se quedaba en casa?
- No sé, se iba el barco.
- ¿Y dices que mamá cerraba la puerta?
- Sí.
- ¿Y que el tío se quedaba dentro?
- No sé. Creo que sí.
- ¿Y estás seguro de que yo estaba fuera?
- Sí, en el cortijo del abuelo.

– He pasado la mañana afilando el cuchillo. Mira cómo brilla, ¿ves? Te lo voy a clavar bien hondo en el pecho. Porque tú te has creído que yo soy tonto. Pero no lo soy. No tengo un pelo de tonto. En eso te has equivocado. Creías que no me iba a enterar porque estaba en el cortijo del abuelo podando encinas, pero me he enterado, ya ves. Hay secretos que no se le escapan a uno. Y por eso te voy a matar. Tú me conocías y sabías a lo que te estabas exponiendo, por lo que ahora no te caerá de sorpresa. Reconócelo, reconoce que la pasión te cegó y olvidaste los detalles. Que no andabas más que pendiente de él. Que estabas desquiciada, enloquecida, por enredarte entre sus piernas y sus brazos. Tú, que nunca tuviste urgencias conmigo.

– ¿Qué dices, Juan?

– Nada, estaba rezando.

– ¿Rezando? No sé qué te pasa. No tires de las mantas, que estoy muerta de frío.

– Fernando, hijo, despierta, Fernando, chis, calla.

– ¿Qué pasa, papá?

– Nada, habla despacio. Escucha, esto es muy importante: ¿Dices que mamá cerraba la puerta?

– ¿Eh?

– ¿Y que el tío se quedaba dentro?

– ¿Cómo?

– ¿Y que yo estaba en el cortijo del abuelo?

– ¿Qué?

– Nada. Duérmete. Todavía faltan muchas horas de noche.

– Papá...

– Arrópate bien y duérmete

– Por eso. Sabías que si me enteraba te mataría. Debiste prever que el niño te vería cerrar la puerta.

## XXIII

¿Cómo encontrar a ese par de tontos en un bloque de siete plantas? La última vez dijo bien claro que no jugaba más y que no se metía en la vecindad a buscarlos. A ver, si no: mientras ella se hartaba de poner patas arriba el piso, la azotea, los trasteros, el cuarto de los contadores y las azoteas contiguas (porque en que pudieran haber dado un salto a ellas sí cayó), ellos estaban sentaditos viendo la televisión en el piso de los vecinos. Luego, al cabo de media hora o más (se creen muy graciosos), tocan el timbre y aparecen en la puerta diciendo a dúo “hola, buenas, nos hemos perdido, sería tan amable de llamar a nuestra mamá”, que seguramente se habían muerto de risa en la escalera con los preparativos.

Lo que necesitaba era una buena excusa para, así de sencillo, no buscarlos. Como que no tenía ninguna gana de jugar. O como que ya eran mayorcitos para andarse con ese tipo de juegos. Andrés, sobre todo, parecía un crío. Si le tocaba quedarse a ella, llevaba al compañero a sitios insospechados con tal de dar la nota, y si se quedaba el Nuevo, la llevaba a lugares sospechosos pero cerrados donde el Nuevo se hartaba de dar porrazos inútilmente.

Por una vez podía quedarse con ellos. Por ejemplo, dejando escrita una nota en la estantería que dijera “me he ido a buscar a vuestra mamá, quedaos quietecitos, *agó*”, con una posdata como “si no sois buenos, vendrá el coco”. Ya estaba viendo la cara que pondrían. Ella se metería debajo de la mesa estufa para oírlos. “Capaz es de haberse ido a tomar un café”, diría Andrés. “Nuevo, aprende bien esto que te digo: no te fíes de las mujeres. ¿Has visto lo que puede esperarse de ellas?”. Y el Nuevo contestaría: “No, si lo tengo bien aprendido”.

Ana jamás habría pensado en una excusa de ese tamaño, en oír el timbre y al abrir la puerta encontrarse de nuevo a Carlos. ¿Pero qué hacía como un pasmarote que no entraba? “Vamos, no te quedes ahí, pasa. Te va a costar trabajo reconocer el piso. Estoy limpiando aquí lo que no he limpiado en ninguna casa, ni siquiera en la mía”. El salón estaba extrañamente en orden. “Con esta gente hay que tener siempre el palo en la mano. Lo mismo les da andar por el suelo que por el tresillo. ¿Ves lo que te digo? El Nuevo se ha dejado las huellas de los zapatos en el brazo de este sillón. ¡Qué habrá estado haciendo!”. Carlos sonreía mientras tanto. “Te digo que son como niños. Ahora mismo estamos jugando al esconder y se supone que yo estoy buscándolos. La última vez se metieron en la casa del vecino a ver la televisión, y la anterior estuvieron casi una hora tumbados sobre el tejadillo de los trasteros. Aguantaron hasta un chaparrón. No veas cómo volvieron, caladitos hasta los huesos. Antes de entrar dijeron, porque siempre hacen una gracia los dos juntos, que la ventisca les había dado un poco en los pies. Yo no sabía qué hacer, si matarlos o morirme de risa. Pasaron la noche en pijama y jugando a las cartas. De vez en cuando uno de ellos decía que eran unos gilipollas y se hartaban de reír”.

Ana se levantó para hacer un café y siguió hablando desde la cocina. “¿Ves a Isabel y Amparo? Si las ves, dile que se pasen por aquí. Yo apenas voy a clase. A Administrativo nada más, y porque el profesor se fija en las caras. Ellas han dejado el Administrativo para septiembre.

A veces, se asomaba a la puerta de la cocina. Entonces, Carlos agachaba la cabeza y se miraba las manos. “En este piso se estudia poco. El Nuevo hace algo por las tardes y yo lo mínimo antes de los exámenes. Pero para que veas cómo son las cosas, ahora apruebo más que antes. El que no hace nada es Andrés. Susmaría y él andan como Borges y Bioy Casares, haciendo cuentos juntos. A mí me viene a veces a preguntarme qué haría si me encontrara en tal o cual situación, cómo describiría con diez palabras a

un hombre guapo y cosas así. Ahí donde estás tú, se sienta Susmaría y, en este sillón, Andrés, y aquí se pasan las horas hablando, para escribir al cabo, como en el parto de los montes, dos o tres renglones, que desprecian al día siguiente.

Ana, sin preguntar, llevó dos tazas de café con leche. “¿Vas al cineclub? ¿Todavía se queda alguien al final de la película? Tienes que oír las ideas de Andrés sobre el cine-fórum. No te las puedes imaginar. Todo cosas fantásticas. Como otras muchas que cuenta delante del flexo, a media noche, cuando el Nuevo, él y yo hablamos de nosotros. Las captas tan bien que casi las ves, aunque al día siguiente parezcan locuras”. Carlos palpaba el entusiasmo de Ana. “¿Dónde se habrán metido esta vez? Pensarán que estoy buscándolos como una loca. Pronto llaman a la puerta y sueltan una gracia, ya verás”. Pero Carlos tenía prisa. “Dile a Andrés que ahora no voy al cine-fórum. Y dile que me alegro de que os vaya bien”.

## XXIV

“Al fin y al cabo, Simon y Garfunquel dejaron de cantar juntos”, pensaba Andrés mientras miraba los loros de cartón colgados del techo, estúpidamente móviles. Era el primer pensamiento que hilvanaba en varios minutos. Estaba demasiado nervioso sosteniendo la vista lejos de las piernas larguísimas de Isabel, ahora cruzadas y quietas bajo una corta falda vaquera, pero desasosegadas con frecuencia, huidizas una de otra y juntas al fin después de prolongadas separaciones que descubrían su conocida pasión por las braguitas de rayas. “¡Hay que ver lo mucho que una cosa tan pequeña puede tapar!”, iba a decirle de pronto, porque urgía una salida airosa, pero en su lugar le preguntó si lo quería solo o con leche, y como le contestó solo se fue a la cocina a preparar café para dos.

Desde la cocina se veía el rincón del salón donde colgaban los loros. “Ahí no quedan bien los loros, Ana”. Pero era la tercera vez que ella los colgaba y ya estaba harta de mudanzas. “Pues ahí se van a quedar. ¿Es que no te gustan?”. ¿Cómo explicarle a Ana que los loros le traían recuerdos amargos? Tendría que cambiar de actitud y mirarlos como al cuadro de Beruete, objetos sin vida, testigos muertos.

Isabel había entrado en la cocina a ayudarlo. Ayudar significaba asomarse por encima de Andrés desde la altura de su celestial cuerpo de modelo para ver la cafetera, echándose prácticamente encima de él, sus manos en sus hombros y sus pechos hiriéndole blandamente los lomos. “Apuesto a que sabe a mil demonios”, le susurró al oído, y se aupó aún más sobre él para olfatear un débil hilo de humo. Significaba besarle el cuello en agradecimiento, despegarse después y buscar en los menesterosos muebles de cocina la bandeja, las tazas, las cucharillas, el azúcar y unas servilletas con mucho ruido de cajones que se abren y se cierran, de loza

que choca, vibra, rueda, vacila y se agita en el aire en un susto continuo que finalmente acaba en nada, en “me rindo, no dé dónde diablos escondéis las cosas”, cuando el café, por fin, bullía sin demasiado estrépito.

“¡Tu sí que eres una diablilla!”, dijo Andrés. “No sé cómo no has podido encontrar nada”, mientras devolvía a su sitio las tazas que se habían agitado, el azucarero que se había derramado y las galletas que se habían salido de su caja, para anunciarle luego dónde se guardaba cada cosa: “En esta alacena está la bandeja, en este cajón las servilletas, en este otro las cucharillas”. Pero todo era inútil, ella no se enteraba de nada. ¡Cómo iba a enterarse, si no prestaba atención! “¿Se puede saber qué miras?”. Y ella, en lugar de contestarle, le dijo: “No comprendo qué tiene Ana que no tenga yo”. Así, se sopetón. Como si alguna vez hubiera mostrado un mínimo interés por él (que en ella no podía ser sino manifiesto), uno de los pocos por los que no había movido ni un dedo. “¿Quieres decir que te gustaría estar en su lugar o que hiere tu vanidad que puedan fijarse en otra persona?”. Ella hizo como si le doliera aquel comentario, amagó un puchero y se puso tierna. Luego dijo: “¿No te has dado cuenta?”.

Qué extraña forma de jugar con las personas es el proceder de algunas mujeres.

Qué extraños son los loros *beruetianos*, colgados disecados del techo y callado su pico para siempre.

“Va en serio, Andrés. ¿Cuándo quieres que nos veamos?”, dijo Isabel.



## XXV

Ya no me cuentas cuentos, Andrés. Aquel cuento de las gaviotas que graznaban a la puerta de nuestra casa. Falsas gaviotas, claro, cuervos, quizá, como tú indicabas. ¿Por qué esa pasión tuya por el desánimo, por el abatimiento, por la melancolía? Recuerdo perfectamente aquel cuento, y te recuerdo a ti contándomelo por primera vez. Tú murmurabas tendido boca arriba, con los ojos abiertos y quietos, y yo besaba, agradecida, centímetro a centímetro, tu cuerpo. En tus mejillas encontré una lágrima. Esa noche pensé que íbamos a morir, deseé la muerte.

Ya no me cuentas cuentos. Cuando después de hablarme me coges mirándote embelesada y sin oírte, no dudas, no apartas la mirada, no arrancas a sacudirte la incertidumbre contándome un cuento. Yo te imploro que lo hagas y tú me contestas: “Bah, Ana, te los sabes todos”. “También se saben los niños los cuentos que le cuenta su madre y no se cansan de oírlos”, te contesto. Tú me traes escritos, me lees párrafos, me pides opiniones, pero no me cuentas cuentos.

A ver qué tontería, Andrés, ya no me cuentas cuentos.

## XXVI

Acudirán poco a poco, conforme vayan despertando de la obligatoria siesta de feria. Ana verá entre sueños a los primeros. A Susmaría con su baraja de cartas de mujeres que se entretuvo en marcar hacía tiempo con la punta de un rotulador. A Pedro Coletto con cara de sueño frotándose las manos. A Luis en pantalón de deporte cantando una rianxeira primero y mudo y exageradamente perplejo después, cuando descubra los ojos inyectados en sangre de los ya presentes. Al mismísimo Herruzo, que se habrá apuntado a la partida extraordinaria de feria con gran dolor de Andrés. Los oirá vagamente discutir sobre las cartas de Susmaría. Oirá al Nuevo decir: “No comprendo. ¿No decís que están marcadas?” A Pedro Coletto: “Pero por la parte de las figuras, que no te enteras”. Retazos sueltos, frases. A Luis: “Estuvimos viendo Casablanca en Lisboa”. La música de Mike Oldfield. Las quejas de los perdedores. A Susmaría: “Ayer soñé que escribía Caperucita y no me daba el Nobel por cuestiones políticas”.

Paula la despertará definitivamente sin demasiados escrúpulos para llamar su atención sobre el café que debe hacer porque ella no sabe y ya son más de la siete. Ella asentirá sin darse cuenta de la hora. Dirá “tengo las piernas flojas” y verá luego a los jugadores envueltos en el humo de los cigarrillos. En la cocina echará cuentas de los que están y sentirá como una pesada carga que todavía queda mucha gente por llegar y deberá poner otra cafetera. “Todos quieren café”, dirá Paula. Y al ponerlo en los vasos se percatará de que los pisos de estudiantes, entre otros gabarros, tienen el de la escasez de vajilla. De forma que Luis y Paula tendrán que tomarse un café a medias y Andrés y ella hacer lo mismo.

Mientras tanto, se pondrá al corriente de la partida. Verá al Nuevo, radiante con su buena estrella y reclamando urgencia en el reparto. A Susmaría, nervioso, pidiendo a Herruzo mayores apuestas. A Herruzo quejándose de su mala suerte. A Andrés, reclamando silencio y atención para aumentar la sensación de riesgo provocada por el juego. A Pedro Coletto, sorbiendo el café con ruido de compresor. A Luis, cubriendo con tosca lencería de tinta de bolígrafo las partes pudendas de las señoritas de las cartas. “Si jugáis a los cinquillos, me apunto”, dirá Ana precisamente cuando a Andrés le llegue el caballo de oros que suponga el siete y medio. “¡Qué cinquillos ni qué ocho cuartos!”, le contestará Andrés pensando en las ganancias que sin duda le reportará la banca.

Andrés ganará casi mil pesetas cuando no mucho más tarde lleguen Isabel y Amparo con docena y media de dulces de Savoy y se pare la partida. El Nuevo bajará entonces cargado de calderilla a comprar dos cocacolas de litro y una botella de ginebra mientras Ana hace más café con el reconcomio del cinismo de Isabel, que se ha presentado como si tal cosa.

Luis y Paula se tomarán enseguida los dulces y el cubata y se irán con su gente dejándolos hablando de ferias de otros años, de ferias de otros sitios y de otros días de fiesta evocados sin nostalgia, aunque al Nuevo le parezca lo contrario y le dé envidia. “Un día estuvimos en el cementerio apedreando gatos hasta las cuatro de la noche”, dirá él apurando la exageración, a un paso de la mentira, para no ser menos que Pedro Coletto y sus noventa y nueve borracheras épicas, Susmaría y sus tiempos gloriosos del amor diario, Herruzo y sus juergas desmedidas en los lugares más estrambóticos de Europa, Isabel y las libertades absolutas de sus veranos playeros. Andrés, al oírlos, pensará en lo jodido que es el mundo para los nuevos, aunque sea a esas alturas del curso, y dirá: “La borrachera más grande de mi vida la cogí con el Nuevo. Fuimos a ver una de samuráis con una tía que se había ligado en Plateros y yo por lo menos que quedé frito.

No sé qué haría él. De doce de la mañana a diez de la noche estuvimos de copas, ¿no, Nuevo?”. Y el Nuevo dirá: “Un poco más y se mata. ¿Lo habéis visto fumar desde entonces?”. Y echará una mirada de complicidad a Andrés sin percibir un pequeño desorden en su memoria.

Si no vienen su hermano y sus amigas, enseguida que los altavoces del teatro Chino anuncien desde el otro lado del descampado de la calle la función de las diez y cuarto, Susmaría les recordará aquella vez que la vedette pidió voluntarios para pincharle los globos que la vestían y salió el catedrático de Internacional con una navaja de propaganda del banco Hispanoamericano. Si vienen, en cambio, contará a María la historia de sus noches con un estudiado dejé de tristeza y perseguirá su compañía mientras hacen tiempo en las terrazas de Ciudad Jardín, en el barullo de la Victoria y en la polvareda de las pistas de baile, e intentará tener suficiente imaginación y tacto para conseguirla.

El hermano de Susmaría y sus amigas no irán y la anécdota los convencerá de que donde mejor se espera la hora de ir a la feria es en el teatro Chino. Sin embargo, al salir a la calle, el fresco de la noche recién caída sembrará algunas dudas en los más débiles. “Quedan muchas horas hasta que nos acostemos”, dirá Andrés alejando la dispersión del grupo.

“¿Qué os dije? –dirá luego Andrés a la salida del teatro Chino—. Algo más de las doce. Siete horas hasta que amanezca”. Poco antes habrá bajado de la sierra un tímido airecillo que se hará más agradable en la ancha avenida de Gran Vía Parque, donde las terrazas de los bares estarán llenas de gente que quiere tomar el fresco antes de que el calor de agosto amenace con derretir el mundo. En La Marquesa encontrarán un sitio recién desocupado. Beberán cerveza y comerán gambas con las trescientas pesetas que pondrá cada uno como fondo de la noche. Fondo inicial, porque, como dirá Susmaría cuando hayan pagado y estén levantándose, “trescientas pesetas dan para pocas gambas”. “Hay que joderse lo mísera que es la vida

de estudiante –añadirá luego–, que unos pocos gramos de gambas en feria nos crean problemas de conciencia”.

Subirá por Medina Azahara con las luces de las atracciones cada vez más definidas. A la altura de la facultad de Veterinaria, Isabel cogerá del brazo a Andrés. Ana, que ya vendrá cogida del otro brazo, pensará en esas mujeres de la calle Cardenal González que llaman a los hombres desde la puerta de sus casas y le dirá a Andrés al oído: “Es una puta”. Luego, aprovechará los primeros bullicios para tirar de él y en cuanto lo vea le dirá: “No hace falta que hagáis tanta ostentación de que os acostáis juntos”. Y, más tarde, como para ella: “¿Te crees que no lo sabía?”. Aunque como él no contestará, se preguntará si el estruendo de la tómbola no habrá apagado sus palabras o si las habrá alterado. “¿Has oído?” “Sí”. “¿Lo has oído bien?”. “Sí”. Caminarán en silencio, todavía cogidos del brazo, ocupados en andar entre el gentío sin perder de vista a los amigos. Un silencio difícilmente soportable para Ana, que dirá por fin, entrando en el Jardín de los Patos: “¿No tienes nada más que decir?”. Y un poco más adelante: “¿No se te ocurre nada?”. Y luego: “Ni siquiera vas a darme una explicación. Y, finalmente: “Háblame, maldita sea. Dime algo”.

## XXVII

Los hombres y las mujeres proceden de planetas distintos. Ambos, movidos por una fuerza desconocida, vagaron por el espacio ignorándose y, sin embargo, buscándose. Se encontraron aquí y al verse no se les ocurrió otra cosa que bailar juntos.

¿Qué otro pensamiento concebiría una persona con su estado de ánimo? Podía contárselo a Ana, pero estaba seguro de que ella no lo comprendería.

– ¿Cuánto hace que no bailamos? –dijo en su lugar.

– Bastante. Tú no eres muy bailón.

– Bailamos. ¿Quieres que bailemos?

– ¿Crees que podría bailar ahora?

– ¿Por qué no? Sólo se trata de moverse un poco.

Andrés pensó: “Todas las gentes que no bailan han sufrido un desengaño amoroso”. Y a cada una de las personas que no bailaban le creó una historia en ese sentido. Aunque cuando se levantaban para bailar, se corregía diciendo: “¿Ves? Y tenían tan pocas ganas como nosotros”. A lo que añadía, cuando dejaban: “No ha sido tan difícil, después de todo”.

– Todas las personas que no bailan han sufrido un desengaño amoroso –dijo.

Ana estaba creando otro tipo de historias.

– ¿Cómo dices?

– Nada. Se me ha escapado un pensamiento.

## XVIII

Ana comprendió pronto que no se había producido una alteración en sus vidas, sino que el declive de su relación se había vuelto estacionario. Aunque, como dijo ella misma, nadie soporta durante mucho tiempo el fervor de los inicios. A Susmaría le había oído lo mismo de otra manera: “En cualquier relación, y más en la de pareja, lo digno de contarse es el principio y el final, que es tanto como decir lo extraordinario. Lo digno de vivirse, sin embargo, es la parte media”.

Sólo en momentos de especial sosiego Ana continuaba pidiendo una explicación. Andrés siempre le respondía lo mismo: “No tengo ninguna excusa”. Ella se había acostumbrado a no insistir. Cambiaba de conversación, o seguía estudiando, o preparaba el café.

– No quiero que me des una excusa, dame una razón –dijo cuando todo parecía olvidado y la curiosidad era más fuerte que los celos.

– Da igual, Ana –contestó Andrés–. Todo se acabará con el curso.

## XXIX

Dices que todo se acabará con el curso. Yo te pido que olvides mis quejas. Hazte cargo de que no te exijo nada. ¿No lo entiendes? Me conformo con oírte, con sentir a veces tu aliento en mi cara, con que me mires una vez al día.

Qué más da que se acabe el curso, si para ti no hay curso. Andrés, quédate aquí, yo me quedaré contigo. Diré en mi casa que vivimos juntos. ¿A qué tanto miedo, después de todo?

Si quisieras, si tú quisieras, Andrés.



## XXX

Andrés no había acabado de desayunar.

– Llévate las macetas. Dices que en verano ayudas a tu madre a regar el patio. Cuando las riegues, te acordarás de mí. Llévatelas, por favor. Alberto no dirá nada si cae una poca tierra en el coche. Yo me llevo los loros. No sé por qué nunca te cayeron en gracia.

– Creí que no te ibas todavía. ¿No habías dicho que el sábado tenías un examen?

– Me voy a mi piso. Acuérdate de que todavía pago la mitad del alquiler.

– Sí, pero ahora... Si ya me voy, Ana.

– Por eso mismo. ¿Cómo crees que me sentiría viéndote marchar?

– Siéntate, espérate un momento.

Ana concibió una remota esperanza.

– Resulta tan grotesca esta situación. Así, sin una disputa. Como si alguno de nosotros se estuviera muriendo.

## XXXI

Los nuevos creen que vivimos una sola vez. La vida empieza cuando nacemos y termina cuando morimos, dicen. No saben que nacemos y morimos muchas veces. A las personas, por ejemplo.

– Hasta el curso que viene. O, mejor, hasta dentro de tres meses.

– No vendré más, Nuevo. Me quedaré en mi casa.

Creen en los valores eternos, en la permanencia inmutable de los sentimientos, en la simplicidad del alma humana.

– ¿Y Ana?

– Ana probablemente venga. Depende de lo que haga en septiembre.

– Entonces, quizá tú también vuelvas.

– Hemos acabado, Nuevo.

¡Hay que ver lo pronto que se afligen! Yo le explico que supone que vivimos una sola vez, que creen en la simplicidad del alma humana y que se aflige fácilmente.

– En cualquier caso, siempre queda la posibilidad de volvernos a ver –contesta.

– Sí, pero nada será como ahora.

Me he metido en la habitación a ver si dejo algo olvidado y él me ha seguido, mirando conmigo los cajones vacíos, las perchas vacías, la cama desnuda, el suelo sin zapatos y la mesilla sin ese maldito despertador.

– Te voy a dejar un regalito.

Abro un bolso y, después de hurgar en él, saco un despertador antiguo y se lo entrego.

– Ten cuidado, es infernal –le digo–. Me lo traje de mi casa en primero y todavía lo conservo.

Se emociona un poco. Yo sé que está pensando en cómo corresponderme.

– No sé qué regalarte.

– ¿Crees que te hago un favor dejándote ese trasto viejo?

– Venga, vamos, déjame pensar.

Se ve que hace esfuerzos por repasar una a una sus pertenencias mientras me sigue hasta la terraza.

– Ahora me doy cuenta de que no tengo nada de valor –dice.

Yo oteo la calle. Dentro de nada vendrán a recogerme. Ha sido una suerte no tener que cargar con tanto bulto.

Como esperaba, llegan enseguida.

– Nuevo –le digo–, yo que tú me llevaba esas macetas.

– Todavía no entiendo por qué habéis acabado Ana y tú.

– Ya sabes cómo son las mujeres.

– ¿En serio habéis acabado?

– ¿Crees que podría bromear en estos momentos?

– Me resulta tan difícil de creer.

– Algunas vidas sólo duran un curso.

– Eres un estúpido si la dejas ir.

– Sí, ya lo sé.

Cojo de su lado de la estantería un libro de Alejo Carpentier y le digo:

– Este me parece un buen regalo.

Antes de irme, le doy un prolongado abrazo.

## EPÍLOGO

Había oído en la calle un ruido de gaviotas y vivía feliz pensando en la proximidad del mar, ese astro terrestre que se mueve y se mueve. Iba a escribir lo primero que se le ocurriera cuando descubrió una carta que asomaba tímidamente entre una barahúnda de papeles. Iba dirigida a él, pero a un pueblo diferente, de tierra adentro. El primer contacto con su consciente fue cómo había llegado esa carta hasta allí, no cómo había llegado hasta su mesa, pues sabía de sobra que su madre lo ponía todo a su vista para evitarle la pérdida de diez minutos de estudio, sino hasta ese pueblo.

De nuevo oyó el ruido de gaviotas y salió corriendo a ver el mar. Pero el mar no estaba, ni había tabernas oscuras con nombres de islas, ni viejos marineros tocando el acordeón. Sólo había una hilera de coches tostándose al sol de la siesta. Aunque hacía calor, él tenía un jersey de cuello alto, como en pleno invierno.

– ¿De qué año es este verano, mamá? ¿Por qué no me dijiste que estábamos en verano? ¡He debido pasar tanto calor!

– No quise interrumpirte, hijo. ¡Estabas tan ensimismado con tus oposiciones!

Es como si llevara meses sentado ante la mesa, como si me despertara si saber el tiempo que he estado dormido. ¿Qué habré soñado?

– Dime, mamá, ¿han convocado las oposiciones? Ya soy capaz de exponer estos libros como recitaba de niño las oraciones que me enseñaste.

– Todavía no. Pero no te preocupes, cualquier día de estos las convocan, y esta vez tendrás más suerte.

Habr a más suerte. Nadie, ni tú siquiera, sabe el tiempo que llevo contando las finas hojas de la esparraguera. La esparraguera, el flexo, el cenicero.

–  Qu e hace aquí el cenicero?

– Vinieron Carlos y Ana con sus dos niños.  No te acuerdas?

–  Dios mío!  Cu anto hace que se casaron?

– Cinco años. Recuerda que no pudiste ir a la boda porque estabas en Madrid examin ndote.

Juan Bosco Castilla Fernández